



FERNANDO DIEZ DE MEDINA

EL ROSTRO DETRÁS DE LA MÁSCARA

Escrito el año 1980

Primera edición electrónica 2006

*
*
*
*

Portada: *
*

Editor © Rolando Diez de Medina
La Paz - Bolivia

INDICE

[CORO INICIAL](#)
[INTERLUDIO CORAL](#)
[CORO FINAL](#)

"¿Quién sabe qué es verdad y qué no lo es? ¿Lo que sucedió realmente y lo frustrado? ¿La línea delgada entre virtud y tentación? Vivimos sobre el filo del abismo. ¡Guay del que se atreva a juzgar a su prójimo!"

Maestro del Ande

CORO INICIAL

Del torbellino de las vidas se dirá, más hondo y más dramático que los abismos estelares.

Porque estrellas en fuga son las pasiones. Un alma, una galaxia. Nadie recogería sus infinitas vibraciones.

Y no al siempre virtuoso se otorgará la palma. Que el frustrado y el caído buscando redimirse valen más.

La ronda de las Estaciones arriba. El cingulo de las Tentaciones abajo. Vivimos acosados.

Y sin embargo libres, osados. Ignorando que la voluntad en expansión es en el fondo libertad encadenada.

Jamás el mundo fué más complicado. Ni el pensar se vió más confundido. Pero siempre el navío de la audacia se atrevía.

Y aunque universo, hombre y átomo se acercan, sus líneas paralelas no pueden confundirse en la Unidad.

Seguros transcurren negadores, sabios, materialistas, inventores. Siervos de la energía se piensan dioses.

Otros al sentimiento refieren todo. Superan el dolor y los desastres. Vigiles guías. Humildes vencedores.

Escruta los Cielos. Sondea la Materia. Mas sólo el Hombre te dará la clave de todos los enigmas.

Porque está escrito: de tempestad en tempestad, galaxias y almas. Y sin embargo todo perfectamente circunscrito.

Y si Belial hostiga, Uriel vigila. Es el combate interminable. Dura presencia del Destino.

¿Transcurre una vez, o fueron muchas? De sucesivas plegaduras: personas, cordilleras. Naciendo siempre.

La Vida es Muerte, la Muerte Vida. Lo que termina se continúa. Todo ligado. Nada cautivo.

A mayor inquietud y ambición más larga, dolor más hondo. Lo más simple podría ser lo más difícil.

No juzgarás: que nadie sabe si el vórtice ajeno o el propio engendra cielos con infiernos.

Derrotas y victorias pasarán. Sólo importa el camino que recorres.

Y dice el rapsoda que más misteriosa que el Misterio es el Alma que indaga y nunca cesa.

Azul Estrella.

I

Aunque le estaban prohibidas las exteriorizaciones emotivas, la Comunidad Blanca no podía disimular su inquietud. Se acercaba la visita anual del Maestro de Justicia y ella siempre aparejaba trastornos: ¿habrían castigos y sanciones, quienes serían apartados, segregados unos, agregados otros, no traerían discordia los nuevos? La llegada del Visitador provocaba, invariablemente, una revolución en las quietas aguas del retiro esenio, no sólo porque la rígida estructura de la Orden imponía severos reajustes, sino porque Gamaliel, el iluminado, leía el fondo de las almas y al remover el limo oscuro de sus perplejidades, sabía perfectamente cómo administrar justicia de la cual era Sumo Maestro ordenador.

Aparentemente nada turbaba la placidez del recinto. El gran patio porticado, la fuente suavemente rumorosa, las avenidas de álamos temblones que partían de los puntos angulares del inmenso cuadrángulo, y allí, al fondo, el lago tranquilo de aguas azules tendido al pie del monte Hesperus, los hermanos de albas vestiduras diseminados en parejas o solitarios, todo tan sereno y acordado como el manso fluir de la mañana de luz templada y aire fino.

Dos mil años atrás las sectas esenias existentes varios siglos antes de Cristo, se regían por el Maestro de Justicia, gran figura religiosa de conducción social. Practicaban la comunidad de bienes. Vivían con sencillez y humildad. Hacían penitencia. Buscaban la perfección por el renunciamento a los goces del mundo. Huían de la política y de las ciudades, retirándose a lugares apartados. Despreciaban la riqueza y sólo se sustentaban de la tierra, la antiquísima Taneth, madre inagotable. Eran célibes. Silenciosos, hablan solo lo indispensable. Se sujetaban a inflexibles normas de pureza ritual. Adoraban a Dios y al sol matinal, su mensajero de dicha. Se purificaban con baños fríos. Sus túnicas blancas, limpias. Cuidadas las sandalias. En las comidas se ponían vestiduras sagradas. No juraban en nombre de Dios, no escupían, no imprecaban. Ahogaban en sí la ambición y la envidia. Crecían que las almas viven en el éter y que son

atraídas al cuerpo corruptible por una seducción natural, encontrándose en él como encarceladas. Se inclinaban a la adivinación, a la magia blanca, al poder terapéutico de plantas y animales. Y en los Ángeles cuyos nombres deben permanecer ocultos. Poseían libros secretos, una misteriosa literatura celeste, cuyos enigmas guardaban celosamente. Esa mística esotérica se ha perdido.

Esto es lo que refieren los textos antiguos. Algunos sugieren —sin que esté probado— que el Cristo residió una larga temporada en una secta esenia y que fue instruido por ella.

Hubo entre los antiguos esenios profetas, adivinos, visionarios. Componían himnos y aceptaban adolescentes para formarlos en virtud. Dícese que tuvieron su Consejo de los Doce, anticipación de los Apóstoles. Absorbiendo lejas tradiciones orientales, creían en el eterno combate de la luz con las tinieblas, que simbolizaron en el Ángel de Justicia y el Ángel de Iniquidad. Los Ángeles, para ellos, eran seres vigilantes y las personas que velaban durante las noches, podían aproximarse a la naturaleza sacra de los Ángeles. El iniciado esenio debía guardar secreto, practicar ritos y someterse a mandatos de obediencia jamás violados impunemente, para lo cual existía el derecho de expulsión de los infractores.

Los esenios del pasado fueron sectas misteriosas. Quedaron ciertas características exteriores de la Orden, pero los fines últimos, la esencia misma de su misión terrena, el enigma primordial de su origen y su destino se hundieron en el tiempo.

Esto pensaba o recordaba Tadeo, el Jefe de la Comunidad Blanca próxima al monte Hesperus.

Paseando en el pórtico de esbeltas columnas torneadas, Tadeo se sustraería al encanto matinal. Miraba adentro, o muy lejos... ¿Por qué los esenios del siglo XX no podían componer himnos admirables como los abolidos Hodayoth, de hondo lirismo, de profunda humildad, que como el canto gregoriano concedían sentido revelador de la grandeza del Señor? El salmista pretérita fue puro y casto: por eso pudo cantar y expresar el sentido trascendente de la divinidad. El moderno ha perdido la frescura original de las revelaciones. Luego —pensaba Tadeo— es tan larga la distancia entre un esenio del comienzo del primer Milenio y otro del final del segundo Milenio. ¿Cómo comparar los dos tipos alejados de comunidad humana?

En el remoto pasado se reunían seres puros, en temprana edad. Ahora mas bien almas frustradas o decepcionadas del mundo, personas maduras en la lucha y el desengaño, que aportaban sus dramas íntimos, sus perplejidades, la inevitable complejidad de sus mentes modernas atormentadas por el excesivo saber.

Según las normas de la Orden, fundada 75 años atrás por Teodorus, ya fallecido, debían ser 99. Pero pocos podían resistir los 2 años iniciales de absoluto silencio y alcanzaban apenas a 33 de los cuales únicamente 7 —Justino, Cordelio, Jonás, Teodoro, Simón, Norberto y Mateo— tenían jurisdicción de palabra y de mando sobre la grey conventual. ¿Era una grey cristiana o simplemente una comunidad religiosa? Existía una capilla con algunos bancos desde los cuales se podía orar a un Cristo bizantino, mas no habían altares, misales ni se celebraban misas. Los Hermanos de la Comunidad Blanca, perdida la fe en el mundo exterior, guardaban la otra, la fe interior sólo en sus propias almas.

“Nos falta comunicación —pensaba Tadeo— cada cual guarda su drama, está prohibido transmitirlo a los demás; sólo nos unen la música y los coros.”

En ese instante se aproximó Justino:

— Tadeo: dicen que el Maestro de Justicia llegará la semana venidera.

El hermano mayor sonrió con dulzura:

—Sabes que será bien acogido. Su llegada siempre aporta paz y sabiduría.

Teodoro asomaba su cara de rasgos viriles:

—Me gusta que venga. A veces me inquieta, dice cosas tan extrañas...

Simón los contemplaba con ojos astutos:

—Será el último día de la semana. Hice mis cálculos.

Jonás, con mirar malicioso, anotaba:

—¿No es cierto que debe conocer todo, pero todo lo que sucede en la Comunidad?

Cordelio y Norberto algo apartados no parecías interesado en la charla. Pero cuando cogió al vuelo la frase... "Maestro de Justicia", Cordelio se agitó, le brillaron los ojos y una expresión maligna corrió por su rostro. Norberto prosiguió su paseo solitario.

Cordelio se acercó a Tadeo y a solas le dijo:

—¿Hay que contar todo al Maestro de Justicia, hasta el incidente del jueves?

El Jefe Blanco se turbó un instante, luego con suavidad repuso:

—Aquí nada es secreto. Nos rigen la libertad y la franqueza. Pero la discreción, aunque no regla, es virtud comunitaria.

Cordelio se separó del Jefe Blanco buscando a Jonás.

Tadeo los veía de lejos entristecido. "Siempre lo mismo —reflexionaba— tiende a causar males y se apoya en el intrigante. Mentas torcidas. ¿Por qué sobreviven en la Comunidad Blanca si su campo es el mundo? No los entiendo."

Esa noche, reclusos en sus estrechas celdas individuales, los monjes oraban o se entregaban a sus particulares pensamientos. En las de Tadeo, Cordelio, Simón y Jonás las velas ardieron hasta muy tarde.

A las 6 de la mañana todos estaban en pie, entregados a sus labores matinales. Tadeo daba ejemplo de humildad y laboriosidad, dispuesto siempre a ayudar a todos.

—Es hipócrita —aventuró Jonás— quiere hacer méritos para la visita del Maestro de Justicia.

Justino lo miró indignado pero reprimió su cólera.

Y Cordelio sonreía, sonreía aviesamente.

(Belial, contento, atisbaba la escena: se estaba levantando la tormenta y más de uno caería en sus redes. Uriel, ansioso, quería introducir paz en las almas, mas estaba impedido: no era su hora. Y estaba escrito que Mal y Bien oscilaran desbrujulados)

La hermosa Déborah fresca, incitante en sus veinte años, venía al convento los sábados, recogía la ropa sucia y entregaba, limpia y planchada, la que llevara el sábado anterior. Llegaba en su carreta tirada por un asno —no era sencillo acarrear las vestimentas de los treinta y tres reclusos que jamás salían de la Comunidad Blanca— y debía realizar varios viajes del pórtico a la carreta durante los cuales muchos ojos la seguían directa o disimuladamente. Vigorosa y esbelta la muchacha no parecía fatigarse en el trabajo. No era ostentosa ni provocativa. Realizaba su faena tranquilamente, concentrada en lo que hacía o tal vez proyectando su pensamiento lejos del recinto — ¿acaso a su casa, a su novio, a la próxima fiesta del pueblo? —; o bien su alma sencilla

más próxima a la pura animalidad se ocupaba sólo de vivir sin inquietarse por sombras del pensar. Timidez o recato hablaba muy poco. A veces el esbozo de una sonrisa, a veces un raptó de alegría, pero sin mirar nunca a los monjes, con los ojos bajos. Nunca dio motivo de reproche: era simplemente la lavandera que llevaba y traía la ropa. Tampoco existía ocasión de pensar mal, porque ella se limitaba a entregar las prendas y recoger su paga, no pasando del “buenos días” y del “hasta luego” con el ecónomo de turno.

Pero ocurría algo extraño: los pocos minutos que la muchacha se dejaba ver en la Comunidad Blanca, circulaba como una corriente eléctrica en los cuerpos de los monjes. La moza garrida, linda de cuerpo y de rostro, suscitaba admiración. Andaba a pie descalzo, su andar era rítmico, ondulante. No que fuera tentadora, ni meneaba las caderas, mas sin buscarlo ella había algo de felino y subyugante en su figura. La pollera corta no escondía las piernas soberbias, la blusa sin mangas entregaba los brazos finamente modelados, y el alto pecho se alzaba rotundo en un himno de plástica armonía. Déborah no era sensual, nada hacía para suscitar la atención de los hombres menos de los monjes a los cuales respetaba y temía como a seres superiores; pero la naturaleza había trabajado maravillosamente a la joven y sin que ella lo buscara su presencia irradiaba sensualidad. El mirar inocente no condecía con la turbadora movilidad del cuerpo. No había, en la comarca, quien la aventajara en hermosura y gallardía. Y aun procurando evitarlo lo cierto era que cada sábado, a la hora en que Déborah llegaba al convento, los Hermanos Blancos instintivamente se agolpaban en el pórtico para recrear la mirada en el joven portento femenino.

Se alejó la moza en su carreta y como era llegado el descanso, Jonás, intrigante comentaba:

—Creo que todos andamos algo inquietos...

Se refería a los Hermanos Blancos, seis en total, con Mateo, el Jefe, siete porque los restantes veintiséis eran novicios, sometidos durante dos años a la cura de silencio y no podían intervenir en las pausas de descanso.

—¡Calla —dijo Teodoro — tu lengua mancha todo lo que toca.

—¿Y por qué habría de callar? —interpuso Cordelio. La verdad es que la presencia de Deborah nos conmueve.

Norberto, el solitario, asistía silencioso a la discusión.

—No sé por qué se excitan, terció Simón. Yo sé cómo evitar las tentaciones, pero no puedo transmitirlo sino a los que se sometan a mi juego...

—Estás violando las reglas de la Comunidad —interrumpió Justino— nada debe ser secreto entre nosotros.

—Pero lo es —agregó Cordelio— porque lo que cada uno de nosotros piensa respecto de Deborah, la única mujer que se asoma a nuestro refugio, no puede ser dicho.

—¡ Cállate — mandó Teodoro— eres un blasfemo!

—Yo no lo creo así —arguyó Jonás. Cordelio dice verdad.

Jonás, Cordelio y Simón se miraban, maliciosos. Justino, Teodoro y Norberto les lanzaban miradas airadas.

—Ya sé —manifestó Cordelio— que debemos ser como corderillos dóciles. Nada de charlas atrevidas ni de mentar sensaciones o pensamiento relativos a mujer. Seamos castos —y un tono burlón se deslizaba detrás de sus palabras.

—Castos fueron los primitivos esenios que eludían a la mensajera de Belial — replicó Justino. Nosotros no llegamos a desprendernos de la cáscara sensual. ¿Por qué cada sábado es agitáis como si fuera el fin del mundo?

—Es que Ella trae la sensación de un despertar; no es un fin, es un principio... — agregaba Simón. Si me dejarais hacer mis conjuros, yo anularía la fascinación de la joven.

—La regla manda que toda decisión brote del maestro interior — contestó Teodoro— nada de conjuros ni auxilios de afuera.

Le fue pedida opinión a Norberto. Este se encogió de hombros, balbuceando:

—A mí no me inmuta Deborah. Es sólo una visión que pasa.

—Hipócrita —lanzó Jonás — yo ví cómo se te encendían los ojos cuando se dirigía al carro con el bulto de ropa. Tú seguías sus movimientos ondulantes sin perder uno.

Norberto se alejó y siguió la discusión entre Justino y Teodoro de una parte; y de la otra Cordelio y Simón.

—Lo cierto es que no somos puros; algo ensombrece todavía nuestra condición de Hermanos Blancos — difundió torvo Cordelio.

Resistir las tentaciones no mancha —articuló Teodoro. Lo que hace daño es regocijarse, insistir en el peligro.

—¿Reconoces que hay peligro y tentación? — añadió Jonás. Entonces ya estás metido en ellos.

—No nos arrastrareis a vuestra sucia charla —alegó Justino. Deborah es un incidente pasajero que no puede turbar nuestro recogimiento. (Luego imperativo) Dejemos el tema y volvamos a cosas menos impuras.

Simón reía sordamente. “Estamos contaminados —pensaba— y no quieren reconocer que sólo la magia puede liberarnos.”

Entre enojados y avergonzados los seis Hermanos Blancos suspendieron la conversación. En ese instante se les aproximó el Jefe de la Comunidad Blanca. Su andar lento, majestuoso. El mirar tranquilo, bondadoso. Tres de los hermanos lo amaban y admiraban, los tres restantes padecían de envidia. ¿Por qué sólo Mateo tenía el don de conciliación y persuasión?

Tadeo era el único que tras haber visto una sola vez a Deborah evitaba asomar cuando la moza acudía al convento. “Es verdaderamente casto —pensaban los adeptos; y los contrarios, despectivos, murmuraban “es tímido, tiene miedo de pecar.”

—Faltan pocas horas para recibir al Maestro de Justicia —expuso Tadeo. Espero que olvidando lo accesorio por lo esencial, esta noche me digáis todo lo que a vuestro juicio deberíamos exponer al Alto Enviado, evitando fruslerías. El puede resolver nuestros problemas; volverá sólo dentro de un año, de manera que debemos ser concretos, oportunos.

—El problema de la lavandera deber ser planteado al Maestro de Justicia —manifestó Justino.

—Sería un error —repuso prestamente Cordelio, porque no existe tal problema. Una cierta inquietud que despierta su presencia, es cosa pasajera. No daña ni pervierte. Si algunos (y miraba desdeñoso a Justino y a Teodoro) se sienten afectados por la cercanía de la mujer, es asunto individual, cosa ciertamente interior. ¿No tratamos de ser puros, inocentes? Ella no puede turbar a nuestra santa comunidad.

Tadeo levantó las manos imponiendo silencio.

—Deborah es asunto menor — dijo. Yo mismo lo haré conocer. Pero creo que hay cosas más altas, más urgentes sobre las cuales conviene meditar.

Al anoecer los siete Hermanos Blancos se volvían a reunir junto a la fuente que goteaba isócrona.

—Hermano Tadeo —planteaba Justino. Pienso que sería esencial definir si tendríamos capacidad para salir al mundo, de tres en tres, afrontar sus peligros, resistirlos y luego retornar al convento para contar nuestras experiencias. Sólo así podríamos saber el grado de pureza alcanzado, porque reclusos en este apacible recinto, no podemos poner a prueba nuestra voluntad de inocencia y mansedumbre.

—¡Sería un error, Hermano Tadeo —adujo Jonás, me opongo! Yo propongo más bien que tengamos debates filosóficos, superando las oraciones, los cánticos, las marchas litúrgicas y los instantes de meditación que nos apartan de la realidad viva del ser humano.

—Eres débil, por eso temes al mundo exterior —arguyó Teodoro. Yo creo que es clara la idea de Justino. La apoyo y agrego que esas salidas al mundo deberíamos realizarlas como perteneciendo a una orden mendicante, con un sayal, sandalias y un báculo, sin recursos, para sostenernos de la caridad ajena. Sólo caminar, ver, oír, absorber, y luego de unas semanas venir a contar al claustro lo que vimos y escuchamos.

Cordelio, adusto, parecía reflexionar. Luego anotaba:

—Hermano Tadeo: a mí me preocupa la indisciplina entre los novicios. No cumplen las reglas, los he sorprendido hablando a hurtadillas, son malos, algunos. Pienso que se deben adoptar medidas de castigo y penitencia.

Simón, avieso, intervino:

—Habría que cambiar nuestras reglas. ¿No mudo todo en la época actual? ¿Por qué únicamente bebemos agua fresca y nunca el vino, cuando hasta Nuestro Señor transfigura su cuerpo en vino? La Comunidad parece una prisión. Pido que abramos las puertas al vino, a la charla profana antes del himno nocturno final, y que podamos elegir dos celadores que ayuden al Hermano Tadeo a mantener orden y disciplina en la Comunidad Blanca, porque advierto cierta tendencia a la dispersión de ideas y conductas...

Norberto callaba, callaba, quien sabe qué pensamientos bullían en su mente.

Tadeo los contemplaba, acaso pesaroso primero, después sereno y en voz suave expuso:

—Todo cuanto se os ocurra podéis plantearlo al Maestro de Justicia: su sabiduría absolverá vuestras preguntas. Yo sólo puedo limitarme a presentarlas, pues no tengo poder para alterar lo ya prescrito. Calmaos, calmaos. Su visita será un acto de bienaventuranza, no debe ser motivo de discordia ni de confusión.

Los seis Hermanos Blancos acataron a Tadeo y se dirigieron a sus celdas. Al fondo, en el linde del bosque de laureles, los veintiséis novicios terminaban la ronda nocturna de la Tercera Iniciación. El espíritu de Uriel flotaba en el aire.

Tadeo, entristecido, ya en su celda, antes de conciliar el sueño meditaba cuán grande era el abismo entre los primitivos esenios de hace dos mil años, y los Hermanos Blancos de hoy.

Toda la atmósfera joánica, fue, en el fondo, de raíz esenia. Los esenios antiguos creían que, a cada generación, Dios envía un falso profeta y un Cristo el profeta verdadero: solo que no

los reconocemos. Por eso Juan, en su primera epístola, habla de “muchos profetas que vinieron al mundo.” Existe un dualismo cosmológico riguroso: el mundo terreno creado por una deidad inferior, el demiurgo; y el mundo desconocido y mejor al cual nos conducirá el dios verdadero, el que viene a liberarnos aunque pocos lo reconocemos. Verdad que esto choca con el dogma cristiano, pero forma de la verdad divina. El bautismo escénico significaba la renuncia a los goces que promete Belial, el posterior Satanás, el Tentador. Entonces se inventaron los Hodayoth o Salmos Admirables para loar al Señor, que olvidados varios siglos, renacerían en los extáticos Cantos Gregorianos. Los esenios creían en un Ángel de Justicia y un Ángel de Iniquidad. Todo iniciado vestía de blanco, oraba tres veces al día, cuando éste nace, en mitad de su curso y al declinar la luz solar. Tenían algo de profetas, visionarios y pastores de almas. Desdeñaban las riquezas y el poder. Concedían poca importancia al cuerpo aunque eran sanos y limpios. Competían sólo en piedad, en música sacra y en elevados pensamientos. Eran puros de cuerpo y de alma. Se apartaban de presencia de mujer, la mensajera de Lilith, la sierpe tentadora.

También recordaba la antigua leyenda de aquel remoto Maestro de Justicia, gran figura religiosa, tal vez uno de esos Cristos frustrados que antecedieron al Cristo verdadero, acaso identificable, en cierta manera con Juan el Bautista. ¿Fue un profeta, un revelador, un mártir? Decíase que él nunca se consideró un ser divino aunque irradiaba una fuerza trascendente. Por anunciar los últimos tiempos y el castigo de los impíos, fue juzgado, condenado y lapidado. Lo traicionaron sus dos discípulos predilectos. Afirmábase que el Impío y el Elegido lucharon por su alma, y al fin el Señor, cuando el Justo expió su grandeza en el dolor, lo recogió en su seno y mientras ascendía al Cielo el cuerpo mutilado, desgarrado, se convertía en un Ser de Luz y de Belleza.

Ese lejanísimo Maestro de Justicia compuso himnos bellísimos, mas no se conocía referencias de su personal transcurrir, salvo la parte postrera de su misión religiosa. ¿Alcanzó o no alcanzó la plenitud histórica? Olvidado durante varios siglos fue un conductor esotérico que no llegó al pueblo; sólo algunos iniciados de grado superior se aproximaron a su oscuro destino. Solían decirle también el Magnánimo porque nunca se alzó contra el Destino ni renegó de los hombres.

Habían transcurrido miles de días, pasaron muchos Maestros de Justicia... ¿Cómo podría él, Tadeo, Jefe de la Comunidad Blanca, juzgar al actual Maestro de Justicia, tan misterioso y lejano —sólo lo veían una vez al año porque debía visitar los centenares de refugiados esenios diseminados en el mundo — si apenas había cambiado algunas palabras con su persona venerable y nada sabía de sus antecedentes ni de sus planes?

Luego reflexionaba sobre la distancia existente entre los primitivos esenios y los Hermanos Blancos. Aquellos noble y puros, vistiendo prendas sagradas para comer, purificándose al levantarse con baños de agua fría, célibes, prefiriendo el silencio y el muy breve hablar, jamás jurando en nombre de Dios, prohibidos de escupir en presencia de otro, ahincados en el estudio de la doctrina de los Ángeles cuyos nombres —eran cientos— guardaban secretos, adivinos, en cierto modo magos pero de una magia benéfica, dueños del poder terapéutico de plantas y animales, con libro enigmáticos de una literatura celeste celosamente guardada, en fin: una extraña mezcla de santos, oficinistas de verdad y de pureza, guardadores de poderes ocultos que jamás utilizaban en provecho propio sino para el bien común, con absoluto desprendimiento personal.

Y estos Hermanos Blancos de hoy, procedentes de una civilización portentosa, infinitamente más tentadora que la sociedad primitiva de los remotos esenios, que no alcanzaban a despojarse de las presiones materiales ni a purificar la voluntad, siempre asediada por el acuerdo acicateante de los bienes y los goces renunciados. De los novicios, pocos pasaban al grado de Hermanos; la mayoría renunciaba y se apartaba de la Comunidad. De los siete Hermanos — incluyéndose Tadeo — no brotaban entendimiento ni unidad. Cierto que la Regla Áurea estipulaba que no debía existir la menor coerción de unos sobre otros, sólo la libre decisión de perfeccionamiento individual. Ni él mismo, el Jefe de la Comunidad Blanca, podía pasar de la leve exhortación, una o dos veces; luego tenía que dejar a cada cual librado a su propio Maestro Interior, y éste se presentaba tan distinto en cada uno de los Hermanos. Era tan difícil

aproximarlos, guiarlos, tratar de entenderlo y hacerse entender, porque la severidad de las reglas prohibía las efusiones emotivas, limitaba las confidencias, impedía que la voluntad más fuerte presionara sobre la voluntad más débil. Esa lucha entre las inteligencias dominantes y el espíritu de pureza todo desprendimiento... Visita de afuera la Comunidad Blanca como las lejanas sectas esenias, era un dechado de virtudes. Por dentro bullían las imperfecciones humanas que ahuyentan el espíritu de santidad. Y su Jefatura, puramente espiritual, consistía en cargar con los problemas de los seis hermanos y con los suyos propios sin tratar de alterar el curso indescifrable y penoso de las cosas y los días.

Rogaría al Maestro de Justicia que lo escuchara, esta vez, con mayor amplitud, que le permitiera una confesión general de sus dudas y padecimientos. Sería mañana.

Justino y Teodoro conversaban en una tregua de reposo.

—Lo triste —dijo Teodoro— es que no existe entre los Hermanos esa comunicación fraterna que recomendaba el Maestro de Justicia. Somos tan distintos...

—Si —repuso Justino — afinidad sólo existe entre nosotros dos. Norberto se aparta de todos. Cordelio es maligno. Jonás intriga. Simón prefiere su magia a las reglas de la Comunidad.

—Yo siento — o presiento— una atmósfera de peligro, algo como una amenaza oculta que se cierne sobre nosotros.

—¿Podría disiparla el Maestro de Justicia cuando llegue?

Teodoro quedó en silencio. Luego, pausado, expresó:

—El problema radica en que los esenios de hoy no somos como los esenios de ayer. Antiguamente las reglas eran mucho más severas, las almas más puras, las voluntades más firmes. Ahora el mundo ofrece muchas tentaciones, es más duro renunciar a ellas. No quiero pensar mal de nadie, pero me inclino a creer que algunos de nuestros Hermanos y muchos de los novicios son en el fondo débiles para luchar contra Belial.

—Es cierto — contestó Justino— la otra noche soñé con Uriel, sus alas se plegaban temerosa y en su mirada sorprendí un velo de tristeza. Se diría que una gran asombra se cierne sobre la Comunidad Blanca.

—¿Podremos expresar nuestras dudas y temores al Maestro de Justicia?

—Si; en su última visita anual admitió entrevistas individuales con los Hermanos. Pero no sé... Yo tengo más confianza en el Hermano Tadeo.

—Yo también, pero lo veo tan sufrido, tan agobiado por todo lo que sucede, que no quiero aumentar sus preocupaciones.

—Esperemos: la fe y la confianza jamás deben abandonarnos. Es regla primordial.

Cordelio, en su fuero interno, pensaba plantear al Visitante reformas que juzgaba sustanciales. ¿Por qué estar sometidos a la autoridad de uno solo, por qué sólo Tadeo; y si la conducción de la Comunidad Blanca fuese rotativa, cada tres meses un Hermano? Además había aquella del celibato, que va contra natura... ¿No era tiempo ya de abolirlo? No que se introdujesen mujeres en el recinto, pero si que hubiera, cada cierto tiempo razonable, autorización para poder salir y frecuentarlas. La pureza, la castidad ¿acaso no son formas de cautiverio? (Y el hermano Cordelio sonreía malicioso) El hombre es cuerpo, instinto, energía vital y sexual; después alma y virtudes.

Jonás y Simón, cada cual inquietador a su manera, no acababan de ponerse de acuerdo. El primero contaba cosas raras de los Hermanos Blancos, reales o inventadas; ¿cuándo si Jonás

refería lo sucedido o si imaginaba sus aseveraciones?; el segundo se empeñaba en arrastrarlo a su esfera mágica ¿acaso las Reglas prohíben el acceso a los poderes ocultos? Aun la misma pureza del Espíritu exige afrontar las fuerzas naturales, arrancarles parte de sus enigmas y ponerlos al servicio de todos.

—No —manifestó Jonás — no me envolverás en tus sofismas. La magia negra o blanca es siempre tenebrosa. O crees en Dios o crees en el Maligno. Huyo de lo oscuro.

Simón se rió despechado:

—La sombra es sólo la máscara de la verdad. Precisamente, para ascender hacia la luz debes conocer y vencer de las tinieblas.

Jonás se apartó del Hermano Simón rumiando ideas para incitar a unos hermanos contra los demás. Gustaba excitarlos, dividirlos.

La víspera de la llegada del Maestro de Justicia estaba consagrada a la meditación. Los Hermanos Blancos no dormían. Caminando o sentados en los bancos de piedra debían rememorar todo lo acontecido en el año, pensar lo que expondrían en las entrevistas privadas, y ahondar en la misión de la Comunidad que, sin contacto con el mundo agitado de afuera, tejía una invisible red interior capaz de emitir ondas magnéticas para mejorar las almas. ¿Pero existía esa pura fuerza espiritual, o sólo se trataba de una ilusión? Los textos antiguos sostenían que si unos pocos se reúnen, conciertan voluntades y se conducen en afín quehacer, orando, meditando, irradiando bondad e inocencia, surge una corriente mansa, poderosa, de acciones psíquicas que se transportan por el espacio y pueden influir benéficamente en los lejanos y excitados habitantes de otros lugares. Eso indicaban los textos, pero Norberto, el solitario, el más trabajado por las dudas, pensaba con amargura que seguía siendo un hombre de avideces y sensaciones deleitosas; luchaba contra ellas, mas no conseguía ahuyentarlas de su cabeza. Y ellos, los Hermanos Blancos ¿eran verdaderamente limpios de pensar y de sentir? Tal vez Tadeo... Los otros cinco, como Norberto mismo, seguían envueltos en los anillos de las tensiones físicas. Muy distantes de la pureza de los remotos esenios, estaban atados aun por sólidos vínculos a la materialidad humana. Se imponían privaciones, mas sin alegría, acaso con pesar. Sus palabras de mansedumbre y sumisión mentían: en los ojos brillaban el deseo de ser, hacer y disfrutar de todo aquello a lo cual habían renunciado.

Norberto hablaba de vez en cuando con Tadeo, el único al que reconocía puro de intención y de acto. Veía en Justino al menos imperfecto de los restantes mas su juventud lo ofendía. Cordelio le causaba repulsión: era intrínsecamente malo, sus propósitos siempre los adivinaba torcidos. ¿Jonás? Un pérfido intrigante, buscando sembrar cizaña con métodos sutiles. Fuerte era Teodoro y por ellos mismo le inspiraba envidia; ni muy inteligente ni muy sensible, su limitado pensar lo acorazaba contra las tentaciones. De Simón con sus absurdos mágicos, no cabía absorber nada noble. Si: quedaba solamente Tadeo, el varón justo, el de mayor edad, acaso el que había soportado mayor dolor, más graves decepciones, pues un velo de melancolía cubría sus ojos oscuros. Pero Tadeo, como Norberto mismo, era persona de poco hablar, ni se cerraba ni se abría a las confidencias; transcurría en una envidiable quietud interna como desasido del mundo, salvo cuando las ocupaciones de su cargo le imponían vigilancia y mando.

¡Qué extraña era la Comunidad Blanca! Los 26 novicios moviéndose como sombras, prohibidos de conversar. Los Siete Hermanos unidos en la jerarquía y por las reglas, desunidos por las personalidades contrapuestas, uncidos aun al mundo al que creían haber renunciado. Los que estudiaron y conocían mucho de las antiguas comunidades esenias, no admitían comparación con las modernas Comunidades Blancas. Dos mil años atrás fue no muy difícil apartarse de los goces del mundo reservados a pocos. Ahora resultaba titánico el esfuerzo para alejarse de las mil incitaciones de los sentidos al alcance de cualquiera. Además el impulso dinámico del vivir seguía gravitando en los meditadores que solían interrumpir sus soliloquios evocando los trances movidos, cambiantes, sugestivos de su pasado transcurrir.

Bordeando el bosquecillo de laureles, junto a la fuente circular que goteaba con isócrono latido, Justino departía con Cordelio.

—No quiero herirte —dijo Justino— pero a veces me parece que no eres sincero.

Cordelio se rió, nervioso, y una mueca de astucia asomó a su cara maligna:

—Sucede al revés de lo que imaginas; soy el más sincero de los Hermanos, no temo equivocarme ni caer mal, por eso, a veces, mis palabras y mis actitudes desconciertan a los demás.

—Quisiera que cambiaras, por tu propio bien. ¿Por qué cuando tú apareces prende la inquietud en los otros, se suscitan conflictos y al fin todos nos separamos entristecidos?

—No querrás decir que soy un enviado de Belial...

—Ya dije que no quería herirte, mas hay algo de extraño en tu proceder. No atino a definirlo.

Cordelio miraba a Justino burlón:

—El más inteligente es el más resistido. No me vanaglorio de ello pero es así: mientras vosotros percibís sólo una intención o juzgáis un acto cualquiera, yo capto tres, cuatro significaciones en los móviles humanos. Cosas y sucesos tienen, para mí, varias explicaciones. ¿No se te ocurrió pensar que yo sufro más que vosotros porque me desgarran solicitudes contrapuestas?

—Al ascender a la categoría de Hermano Blanco hiciste voto de simplicidad y de pureza.

—La simplicidad no existe. En el mundo de hoy todos somos como astros locos girando sin brújula en el infinito espacio. Procuero ser sencillo, mas me atormentan las ideas, los recuerdos de cosas pasadas, las distintas perspectivas de cada suceso, hasta la complejidad de cada uno de los Hermanos Blancos, que juzgándose limpio, sencillos, no están carentes de sombras ni de complicaciones.

—Verdad que no somos perfectos...

—No podríamos serlo. Tras estos muros el mundo que dejamos afuera sigue bullendo en nuestras mentes.

—Si no crees en la santidad de este retiro ni en la virtud de sus miembros ¿por qué no abandonas la Comunidad?

Cordelio volvió a reír forzosamente:

—¿Me expulsas, me juzgas perverso? Entonces el pecador no puede redimirse? Mi lucha es más grandiosa que la vuestra por ser la más difícil. A ratos pienso que he sido un Ángel de Alas Negras, y sueño convertirme en un Ángel de Alas Blancas. ¿Qué sabes tú de las complejidades de un espíritu excesivamente despierto, excitado por mil emociones diferentes?

Justino se conmovió:

—Si pudiera ayudarte lo haría de buen grado.

—No lo dudo. A mí nadie puede ayudarme. Mi destino me arrastra, le peleo duramente. Aun ignoro quién vencerá. Me habitan la ambición de saber, cada vez más... El torbellino de las dudas... Y ese dardo de la crítica que no puedo acallar. A unos les tocó el beneficio de la simpatía, como a ti; yo sé que no puedo ser agradable porque estoy como el tábano hinchado la piel de los demás.

—¿Qué dirás al Maestro de Justicia?

— Bien sabes que eso es íntimo reservado a cada cual. Pero yo no tengo secretos, no soy tan maligno como crees. Le diré que pienso demasiado, que no creo en la virtud de los Hermanos.

—Así sembrarás la desconfianza.

—Así diré verdad.

Justino miró con tristeza a Cordelio y se alejaba lentamente por la avenida de los mirtos.

Teodoro caminaba hacia el sur por la vasta explanada del convento. En sentido contrario, mirando al norte, avanzaba Jonás. Se cruzaron, se miraron sin detenerme, y ambas corrientes de pensamiento se desarrollaron así:

No quiero ser hipócrita, sé que me falta mucho aun para alcanzar el grado de pureza que soñé al ingresar a la Comunidad Blanca. Pero soy más fuerte que los otros Hermanos: mi voluntad no flaquea. Pueden traicionarme los sentidos, todavía siento los invisibles ligamentos que me miran al mundo, mas sé luchar y vencer, alejo las tentaciones. Deborah, por ejemplo, me tienta, pero apenas la veo me alejo para evitar su poder de seducción. A veces tengo celos si Tadeo se aleja dialogando con otro Hermano: me reprimo, ahuyento los celos y sigo mi camino. El paladar me pide manjares en vez del parco yantar de convento, años los finos vinos y los postres acaramelados... Sorbo el agua límpida de nuestro manantial, masco el pan de avena, imagino que tienen los perdidos sabores y supero las exigencias de la gula. Todo puede superar la voluntad del hombre. ¿Por qué los otros no pueden hacer lo mismo? Los veo pasar tristes, meditativos. No disfrutan la paz de este refugio excelso, parecen no estar contentos en la Hermandad Blanca. ¿Por qué se afligen? Les falta imponer la fuerza interior a los sentidos. ¿No tendré yo también fallas, defectos que no percibo? Esos esenios del pasado... ¿serían verdaderamente tan castos y puros como afirman los textos y reitera la leyenda, o, como nosotros, también padecerían dudas, flaquezas y quebrantos? Lo que hace falta aquí es una más rígida organización, una disciplina militar. El hombre no responde bien a la libertad ni a la sola persuasión; necesita del rigor, de un método de actividad, de reglas severas. De otro modo nada anda bien. El desasosiego que advierto en los Hermanos es resultado de un aflojamiento de nuestras reglas, ya demasiado suaves por sí. Tadeo es muy bueno, casi un santo, pero no ejerce autoridad. Cierto que las reglas mandan vigilancia interior, no coacciones del Jefe, pero no todos poseen la fuerza de voluntad de Tadeo o la mía para guiarse por si mismo. El Maestro de Justicia debe conocer lo que realmente pasa; yo se lo diré. La Comunidad Blanca puede naufragar si no se cambia la actual ordenación, excesivamente débil, pasiva, por una nueva estructura de formación disciplina. Menos vagancia mental, más ocupaciones manuales, más trabajo. La Hermandad se salvarán si nos hacemos, todos, fuertes de carácter, severos para con nosotros mismos. Unir lo místico con lo castrense ¿no lo vió así San Ignacio? Nos falta endurecer la voluntad...

La corriente contraria discurría de este modo:

Ese Teodoro que se cree fuerte, ignorando que en el fondo es el más débil. Camina siempre recto, ignora de las delicias de desviarse a la izquierda o a la derecha. Ignora, asimismo, que sólo es uno de los Siete Hermanos, y uno entre los 33 de la Orden. No creo que tenga muchos problemas, me parece medio obtuso, vendiendo salud y fuerza con su físico poderoso; le falta sutileza. ¿Por qué rehuye el Hermano Tadeo? Me teme, en el fondo, sabe que yo puedo llevarlo al filo de las dudas con mis razonamientos. Lo respeto aunque me da lástima su inoperancia; él podría convertir este yermo de voluntades en un torbellino de ideas y de acciones jugando unas con otras, un escenario de vida al cabo ¿por qué puede llamarse vida a esta pasividad que nos rodea? El flujo mental... ¿para qué sirve si no es para buscar, indagar, contraponer posiciones, despertar almas? La Comunidad podría secarse si dejamos que cada cual se cierre en sí mismo como si mundo y personas no existieran. Me gustaría intrigar a Teodoro con Justino, hacer pelear a Jonás con Cordelio. Quisiera desbaratar las magias de

Simón y tirar de la lengua a Norberto, el solitario, el esquivo. Además ¿por qué las reglas nos impiden acercarnos a los novicios? También entre ellos hay materia accesible a la comunicación... El Jefe Espiritual es Tadeo, todos lo queremos, lo respetamos, pero Tadeo es demasiado callado, demasiado blanco. Sugeriré al Maestro de Justicia que necesitamos algo así como un inspector, un guardián que anime e impulse a estas flojas voluntades de Hermanos y Novicios. ¿Ser puros es suficiente meta? No; deberíamos ser, además inteligentes, astutos, capaces de ofensiva mental sobre las conciencias. Pureza interior talvez, pero también actitud dinámica hacia el mundo y entre nosotros. Nuestra Orden debe evolucionar, hacerme más activa. La simple contemplación interior, los budistas, de poco sirven. Cada vez son menos y más reducidas las Comunidades Blancas en el mundo porque el espíritu, si no se reviste de una activa fuerza de carácter, que marginado del torbellino actual. Cierto que nos hemos retirado del mundo exterior, pero no debe ser para agostarnos en la pasividad. Hay que dar nuevo sentido a la Orden, irradiarla hacia la acción inmediata, tender a una voluntad de energía creadora, suscitar conflictos y ser capaces de superarlos. Todo debe cambiar.

En una hondonada no perceptible sino volteando un recodo del bosque, Simón practicaba sus ritos mágicos, sabiendo que desobedecía las reglas. En el fondo, Simón no causaba daño, era inofensivo, pues sus prácticas ocultas eludían al Maligno, buscando la presencia de los Serafines Buenos. Claro que no obtenía gran cosa, jamás había logrado conjurarlos, pero había ciertas cosas, algunos indicios, sucesos extraños que golpeaban su corazón. Ahora mismo, en la pequeña fogata que encendiera, surgían luces verdes, azules, rojas como jamás viera en hoguera alguna. Y en la noche apacible se levantaba un viento que estremeciera su cuerpo. Y los sonos de una campana, tan distintos del sonido de la vieja campana conventual, se acercaban, se acercaban... Era la hora de, prodigio, nunca Serafines, pero siempre cosas y presencias raras, novedades. Trazó un triángulo con tiza blanca en el suelo, se introdujo en él y pidió al Señor que le permitiese ver un prodigio verdaderamente significativo. Pero el Señor no entra en combinaciones con la magia y aparte de un leve temblor — que pudo ser fruto de autosugestión— nada raro sucedió. De pronto vió pasar una procesión de monjes, altos, mirados desde la hondonada; a la luz de la luna veíaselos claramente, encapuchados, metidas las manos en las anchas mangas de sus hábitos. Tuvo un sobresalto de alegría; ¡por fin, por fin, llegaba el prodigio! Poco tardó en desengañarse recordando que los novicios debían caminar esa noche en marcha propiciatoria.

Simón no era malo, sólo ingenuo. Creía en imposibles y aunque se sometía a las reglas, a veces las violaba en su afán de sorpresas.

Norberto, solitario como era en él habitual, avanzaba por un sendero de álamos lento, pesados. Los huyo —pensaba— porque me siento inferior a los seis Hermanos Blancos. Creen que es orgullo en mí y la verdad que me siento aminorado a su contacto. ¿Por qué me eligieron Hermano? Mi silencio, mi retraimiento los confundieron, creyeron en mi supuesta pureza sólo es mudez para esconder mi propia confusión. Sí, todavía siento las mordidas de la envidia, me llama la carne, quisiera ser superior a los Hermanos por mi inteligencia que la sé confundida. En el fondo ni los amo ni los desprecio, me duele pensar que son más felices o menos infelices que yo. Ellos pueden darse a las delicias del mundo visible —como refiere Tadeo— en tanto yo no alcanzo a encontrar regocijo en lo que ven mis ojos. Hastiado del mundo de afuera entré a la Comunidad Blanca creyendo hallar la paz, el equilibrio interior que buscan los Hermanos: no los encontré. Y no soy tan tonto para no darme cuenta que ellos tampoco los hallan. Están llenos de conflictos, como yo mismo, aunque los disimulan mejor. Yo me aíslé porque soy más íntegro no quiero comunicarles mi amargura. Allí, en el mundo, me causaron repugnancia la maldad, la bajeza, las intrigas y traiciones; renuncié a ellas para caer en el hastío, en la monotonía de esta pasar blanco, sin causa y sin finalidad. ¿Estaré desprovisto de sentimiento religioso, será que pureza y castidad no conmueven mi alma? ¿Por qué ingresé en la Comunidad Blanca? ¿O es que el Nuevo Esenio está muy distante del Antiguo Esenio? Sí, nuestros cánticos me transforman, pero es sólo mientras duran, por el placer estético de la música sin dejar sedimento espiritual. Tadeo adivina que yo soy el que más sufre; sus palabras son siempre justas, tienden a aliviar mis amarguras. El es un justo; ¿y por qué él y no yo? No sé que tenga afán de mando, ni codicia de poder. Lo que busco es conformidad con mi destino y no la encuentro. Dicen que las alas de Uriel

nos rondan: jamás ví sus alas ni sentí el aire agitado por ellas. No se aproxima a mí porque soy impuro. O un descontento que es lo mismo.

Tadeo rezaba, rezaba, no quería pensar.

A las cinco de la mañana, todavía el convento en sombras, llegó un mensajero anunciando que el Maestro de Justicia retrasaría su llegada en 48 horas por un motivo imprevisto.

Tadeo reunió a los Hermanos Blancos en la Segunda Sala de Purificación: paredes desnudas, sólo rústicos bancos individuales, y una gran cruz en el muro central.

—Hermanos —pronunció en voz baja. Me ha asaltado una duda angustiada: ¿somos realmente dignos del estado de pureza que exige la condición de Escogidos? Descartada la apariencia exterior ¿si se conociera nuestros pensamientos podríamos servir de ejemplo a los que vendrán? Comenzando de mi persona, suelo meditar si no fuimos ascendidos en estado de impureza y que esa impureza se mantiene latente en nosotros. Tal vez deberíamos solicitar se nos devuelva a la condición de novicios y que otros nos sustituyan como Hermanos Blancos. Meditad en el asunto.

Cundió la agitación en los aludidos. Más de uno tuvo el impulso de alzarse y responder. Pero las reglas mandaban callar y replegarse hacia adentro, silenciosamente, cuando el Jefe de la Comunidad Blanca planteaba un caso de conciencia. Pasaron largos minutos al cabo de los cuales la mayoría pensaba que Tadeo podía tener razón. Cordelio, furioso, se preguntaba si era sincero Tadeo, o se trataba sólo de falsa modestia para deslumbrar a los Hermanos. Heridos por la llamada de atención de Tadeo, los Hermanos se dirigieron a sus celdas. Nadie podría saber su final decisión.

En la esfera de los pensamientos lógicos o posibles, se podría recoger los que transitaban por las mentes de los Hermanos Blancos. Pero más en lo hondo, en otras esferas recónditas, casi herméticas, de las cuales rara vez podrían escapar las ideas torturantes o inesquivables, aquellas que sus propios genitores ignoraban de dónde procedían ni cómo estallaban, una revolución secreta, ajena a los mismos interesados, socavaba el equilibrio racional de los Hermanos Blancos. Porque sucede que se puede ser un dominador del espacio material, mas nadie lo fue — ni puede serlo— del mundo mental que, como establece la física moderna no es lineal y continuado, sino que se produce por intermitencias desiguales y discontinúas. El más austero puede caer en relámpagos pecaminosos, como el más maligno puede derivar hacia arrebatos de pureza. Y los Hermanos Blancos, de avezada inteligencia, comprendían que eran servidores y no amos del pensar que los fustigaba sin descanso, porque aun siendo almas en proceso de perfeccionamiento, proseguían siendo mentes complicadas, acosadas por las mil presiones del remolino moderno que acumula deseos, imágenes, recuerdos, ambiciones, hallazgos, recelos, visiones simultáneas y contrapuestas que impiden la serena reflexión. Esenios de intención, eran en realidad cautivos del moderno acontecer, todo él grandioso, complejo, incomprensible. Y en las celdas individuales, sólo cada cual frente a si mismo se libraban las mayores batallas azuzadas por Uriel y por Belial.

Claro está que junto a los climas de duda y desazón, existían también los trances serenos y jubilosos en los cuales, olvidando toda zozobra, hermanos y novicios, confundidos en la oración y en los himnos religiosos entraban a una atmósfera de idealidad regocijante.

Los coros que Tadeo concertaba con maestría, la majestad del órgano como trasfondo, la convergencia a la sola idea de Dios transfiguraban a los penitentes en seres nuevos. Hasta Cordelo se despojaba de su inclinación al mal, Jonás abandonaba su instinto de intriga, Simón la magia, Justino y Teodoro profundizaban su bondad y Norberto hallaba, al cumplir ritos ancestrales, los únicos instantes ansiados para alivio de sus inquietudes.

Esa mañana, después de combinar cantos gregorianos con himnos escénicos, y de haber orado piadosamente, pasaron al refectorio. Los novicios en la gran sala adyacentes a un recinto menor, reservado a los Hermanos Blancos.

Fueron éstos a sus celdas, cambiaron sus vestiduras, purificaron los cuerpos en el agua y así, limpios y ordenados, comieron el pan candela y bebieron el agua pura del manantial. Dieron tres vueltas sobre si mismos, oraron en agradecimiento al Señor y todos siete, con las manos tendidas horizontalmente saludaron al sol naciente cuyos primero rayos se filtraron por los bellos vitrales cromáticos.

Siguieron otros ritos simbólicos, pases, movimientos, actitudes, voces breves y unísonas, reverencias, formando figuras geométricas que se desvanecían apenas elaboradas. Luego el conjuro cuatripétalo a los Puntos Cardinales. Y el rito del Pequeño Círculo, donde todos, de espaldas, encerraban a Belial por todos desdeñado. Y la fórmula del Gran Círculo, cuando los siete Hermanos Blancos, tomados de las manos efectuaban lentas rondas mientras Uriel, invisible, danzaba con sus Ángeles no entrevistados dentro de la circunferencia de los brazos y las manos de los orantes.

Los novicios habían terminado también sus obligaciones y se dispersaron para realizar sus habituales ocupaciones. Tadeo condujo a los siete Hermanos al Oratorio Principales, se aproximó al órgano que pulsó con ágiles dedos y con su voz melodiosa entonó un aria semejante a la que Bach compuso como segundo movimiento de su Cantata 51; pero el canto transmitido por las cuerdas vocales de Tadeo era mucho más hondo, más patético, transido de ternura y melancolía que el aria de Bach. Se diría la más profunda amargura dentro de la más elevada esperanza, como si en la voz del cantante se concentrara el dolor del mundo y al mismo tiempo el poder de redención por el sonido. Era la transposición acústica de una historia olvidada, muy remota, muy extraña, como regresando del cementerio de los siglos, y simultáneamente esparcía una paz inefable, alternaba la pena con la alegría, esclarecía las almas y la inundaba de un gozo cálido y secreto. Era como sentir al Cristo sin verlo. Como escuchar, no sus palabras, sino el mensaje bienaventurado de su misión de amor y de perdón en la voz de Tadeo que apenas expresaba la majestad inefable del Que Guía y Manda sin Voces.

El canto y el órgano dialogaron sólo algunos minutos pero los Seis Hermanos Blancos creyeron haber pasado por un trance de eternidad, sintiendo el deseo ardiente de que jamás terminaran esa música y ese canto de júbilo y tristeza al par.

Cuando Tadeo se levantó y fue al encuentro de los Hermanos, todos tenían los rostros bañados en lágrimas. Cogieron su diestra y la besaron reverentes. Congregados en torno al Jefe de la Comunidad Blanca permanecieron silenciosos, con la vista baja, tembloroso aún por el éxtasis del trance místico suscitado por Tadeo y su música y su canto reveladores.

Justino rompió el silencio:

—Maestro —preguntó— ¿sacó usted esta maravilla de un texto antiguo de los Esenios?

— No me digas maestro, sólo soy un Hermano como vosotros. No sé, no sé de dónde vino. Acaso de un tiempo ya vivido, me fue dictada en el sueño, tal vez la memoria la retuvo al frecuentar los cánticos primitivos, o simplemente el Señor me la clavó esta madrugada como un dardo en el corazón para que yo la transmita a ustedes...

El día transcurrió tranquilo. Los malos o los tristes pensamientos fueron ahuyentados. Oraciones, cantos, ritos e instantes de reposo se eslabonaron dócilmente. El aria cantada por Tadeo había sosegado los corazones y apaciguado las mentes. Los Hermanos se miraban como más afectuosos, como más próximos, como mejor ligados entre si por el anhelo de perfección espiritual. “Es un encanto” —pensaba Teodoro conmovido aun por el recuerdo de lo sucedido.

El Maestro de Justicia debía arribar al caer la noche.

Al amanecer apareció la lavandera con el mozo que la acompañaba cada fin de mes, porque entonces la ropa aumentaba y requería ayuda. Era, justamente, un período de reposo y deliberada o inconscientemente los seis Hermanos andaban por ahí cerca. Justino y Teodoro algo

alejados, Jonás y Simón algo más cerca. Cordelio que fungía de ecónomo recibía la ropa limpia y planchada y entregaba los montones de la ropa usada. Era bastante y Deborah el mozo tuvieron que realizar varios viajes a la carreta para acomodarla.

Cordelio, cínico, atrevido, contemplaba las formas de la mujer garrida admirando su soberbia apostura. Norberto, apoyado en una columna del peristilo y cubiertos los ojos con lentes oscuros, ardía de sensualidad. La hembra —era, verdaderamente una real hembra— lo tenía loco. Vió cómo se acercaba y se alejaba, sucesivamente, transportando la ropa. Su mirar inocente no condecía con el terrible balanceo de las caderas; se cuerpo ondulante y armonioso, pedía a gritos ser acariciado, palpado, estrujado en raptos de pasión. Porque en Deborah todo era sencillo, natural en sus actitudes; posiblemente poseía un alma limpia, pero su constitución somática, la gallardía de sus formas juveniles, su andar rítmico y pausado, los movimientos felinos de piernas y brazos irradiaban onda de sensualidad. Tal vez la muchacha era inconsciente del efecto que producía. Se agachaba y la grupa imponente y las piernas desnudas estremecían a Norberto. Luego, ya próxima, alzando los brazos para colocarse el bulto de ropa en la cabeza, los senos rotundos se dibujaron bajo la blusa, y las exilas, en primer plano, surgían como un nido de amor. Norberto miraba, miraba aterrado por la fuerza de su deseo. Al subir a la carreta, ya para irse, la joven resbaló cayó sobre su acompañante rodando ambos por el suelo. Se levantaron entre carcajadas, pero a Norberto ya no se le borraría nunca la visión de los muslos estupendos y del triángulo sombrío que enardece los sentidos.

En pocos instantes, dos de los Hermanos habían perdido la paz y el estado de pureza del día anterior.

Ese día fue muy movido. Tadeo les concedió más tiempo de reposo para que cada cual meditara libremente lo que diría al Maestro de Justicia; el Jefe mismo tenía que recapacitar sobre sus propias confidencias y se reconcentró, pensativo, triste, en sus pensamientos.

En realidad los Hermanos Blancos —los novicios pasaban como sombras— habitaban dos dimensiones: la místico-ritual de sus deberes de oficiantes, y la íntima-retrospectiva de su buscar mental. Si un visitante llegase de fuera (claro está que esto no podía ceder porque la Comunidad Blanca permanecía cerrada al contacto con el mundo), pero si llegase, no advertiría sino el aspecto o mejor dicho la apariencia visual de los monjes, que no eran verdaderamente monjes en el sentido estrictamente religioso, sino una suerte de personas pacíficas, que vivía en “tempo lento”, inclinadas a sus prácticas de recogimiento y meditación. Austeros, moderados en los gestos, parcos de expresión, sólo en los momentos de descanso se les podría escuchar; y aun así, los diálogos no eran extensos. Pero detrás de la máscara paciente-religiosa, estaban los casi inadvertidos rostros de los seres humanos empeñados en romper con el mundo y todavía presa de sus espantables tentáculos voraces. Esa segunda dimensión escapaba a la comprensión de los demás; sólo Tadeo, sagaz escrutador de psicologías, la captaba en los seis Hermanos. Y callaba, callaba...

Cruelles dudas lo acosaban: ¿eran dignos seguidores de los antiguos esenios, o sólo tristes y pálidos seguidores frustrados de esas naturalezas proclives a la santidad? Su vocación ¿era sincera? En el tiempo ¿se afirmarían en sus convicciones? Alguno de los 7 Hermanos Blancos ¿alcanzaría la dignidad de Maestro de Justicia? El hombre obedece mejor al hombre y a reglas rígidas; ¿acaso por ellos la blandura del trato, esa entrega casi total al autoanálisis y al autodomínio, estaba socavando la energía común de la Comunidad Blanca? Y esas flaquezas veladas, esos desvíos frecuentes de sus compañeros ¿debía denunciarlos para que la jerarquía los enderezara o dejar que ellos mismo corrijan sus fallas? Huyendo de las perversiones del mundo, por grande y honesta que fuese su pasión en la búsqueda espiritual, se veía asediado por las mal disimuladas larvas del proceder humano. Blancas eran las túnicas, límpidas las ceremonias rituales, los coros elevaban el espíritu a regiones de bienaventuranza; pero en las miradas suspicaces, en las medias frases bruscamente cortadas, en ciertos gestos de fatiga o de hastío, creía adivinar el difícil transcurrir de los monjes piadosos en parte, en parte ciudadanos todavía de la agitación exterior que no habían podido desechar de sus almas.

Si la Comunidad Blanca aspiraba a salvarse y a perdurancia, debía evolucionar a un nuevo estado de acción: en el meditar, en los ritos, acaso en las oraciones mismas, y hasta forjando más actividades manuales que mantuvieran ocupadas las voluntades y en suspenso el delirio mental. Por sus manos habían pasado dos generaciones de Hermanos; ésta era la tercera. Recordaba sin pena aquella ocasión cuando el Maestro de Justicia le dijera:

— Tadeo: estás maduro ya. ¿Quieres ascender a la jerarquía?

—No soy digno, Maestro; no sería capaz.

— Hiciste mucho en el camino a la virtud.

— Pero me falta carácter. No puedo influir en los Hermanos porque el recuerdo de mis faltas en el mundo al que renuncié me impide ser riguroso...

El Maestro lo había mirado con pena y admiración:

— Estás más allá de los grados. Tu aparente debilidad te fortalece en pureza. Tienes razón: la Orden exige cierta dureza en el mando.

Y el problema seguía latente. ¿Podrían llamarse monjes, siquiera almas religiosas, estos Hermanos que no alcanzaban a desprender de los vínculos mundanos? ¿Eran sinceros en su retiro espiritual? Sus inclinaciones morales ¿podrían vencer del interno sensualismo que los oprimía? Y la Orden misma ¿llegaba al sano idealismo o constituía un fin egoísta en sí, sólo en beneficio de los pocos reclusos?

Luego Tadeo se sumió en el pensamiento del poder místico que según las tradiciones el recogimiento de pocos puede irradiar a la felicidad de muchos. El texto tibetano coincidía con los papiros joánnicos y con una remota leyenda kolla: si algunos se encuentran en comunidad apartada del mundo, se conducen castamente, oran con fervor y entonan los himnos rituales ahondado en la búsqueda interior, esa actividad de pocos se esparcirá en ondas de energía, no por el aire físico sino por el aire sutil que corre de mente a mente, despertará muchos corazones dormidos y les dará dicha a costa del sacrificio de los Escogidos.

El mediodía, caluroso, los llevó al descanso después de un parco refrigerio. Recostados en la hierba, no tenían ganas para el diálogo; cada cual revertía sobre sí mismo.

Nadie, salvo los afectados, se dio cuenta del doble y extraño fenómeno. Sucedió que Cordelio sintió gran ardor en el cuerpo como si diez mil bichos punzaran su piel causándole escozor insistente. En contraste Justino sentía una brisa refrescante suave, casi musical, que le inundaba de gozo el espíritu. Y había como un halo oscuro en torno a la cabeza de Cordelio, y otro fino y dorado rodeado la testa de Justino.

Y los Siete Hermanos, fatigados por el mucho hacer del día y por la ansiedad de la espera del Maestro de Justicia, yacían en una especie de sopor atenuado como adormeciendo las conciencias, porque también los justos o quienes aspiran a ser justos padecen momentos de desfallecido abandono.

INTERLUDIO CORAL

No juzgar con ligereza. No pensar prevenido. No desdeñar a los que yerran. Porque nadie está libre de pecado.

Si tu hermano cae, ayúdalo a levantarse. Si es ingrato y vuelve a caer, tiéndele otra vez la mano.

La perfección no existe, tampoco el mal absoluto. De materia frágil fuimos contruídos. Lucha por ella.

Ese bosquecillo idílico que luce atractivo, encierra culebras. Evítalo. Todo placer se expía en el dolor.

Aquella gruta inhóspita, erizada de espinas, es cálida y tierna en su regazo. Vence de las apariencias. Hábitala.

Individuo o muchedumbres, enigmas vivos. Horóscopo u oráculo son lengua muerta. Frena tu juicio, nada sea inflexible.

Es el mayor peligro al Mediodía. Ni adolescencia ni madurez. Signo intermedio. Bordeando el precipicio ¿quién salvará?

Trastocaron las cosas. El día es noche, la noche es día. Materia, la deleznable; alma endurecida. Designio cósmico.

Ni la perfidia es eterna ni la virtud intocable. Transmutan de persona a persona, de tiempo a tiempo.

No intentes saberlo todo ni aspire a inteligencia mayor. Hombre minúsculo, infinito universo ¿cómo entenderse?

Al centro está la Hélade, entre barbarie y desenfreno bimilenario. Advendrán nuevos soles, cometas fúlgidos.

De conjuros cabalísticos y sacra fe se nutre la Esperanza. No hay claves últimas. Todas transmutan.

De vida y de ultravidas viven las almas. ¿Por qué tan fiero? Monje o banquero, político o soñador nada perdura.

Al vino y al amor cantaba el poeta persa. Hoy al éxito y al dinero loas serviles. Vuelve a la pauta antigua.

Amigo o enemigos, voces fraternas. Te ayudan o agujonean. Son necesarios. Todos al mismo círculo: reconciliados.

No entiendes el mundo actual. Tampoco el pasado. Ni el que vendrá. Sólo el rayo del sentimiento alumbró mundos.

De llantos y silencios, dudas y desazones brotan estrellas. Lecciones de la hombría. Luchas sin término.

Y al cabo hombres o monjes, dinámicos o contemplativos. Sangrantes introspecciones.

Astro enigmático.

II

Conforme caía la tarde la inquietud se hacía más viva en los Hermanos Blancos.

Se aproximaba la hora del encuentro con el Gran Enviado. Los novicios sólo podían gozar de su presencia, escucharían breves palabras de sus labios. Luego dirigiría el espectáculo ritual del Himno de Reconocimiento; y al siguiente día tendría reservado un espacio de quince minutos para escuchar las confidencias de cada uno de los siete Hermanos. Ya en tres visitas anteriores habían apreciado el poder magnético de su mirar penetrante, la dulzura de su voz, la firmeza en las decisiones; y todos siete quedaron encantos del don de intuición que le permitía captar el fondo último de las almas; ¡qué sabiduría en el comprender, qué sagacidad en los consejos! Decididamente: el Maestro de Justicia era un regalo del Señor que apaciguaba las tormentas

interiores y esparcía un clima de paz y de bondad que persistía después de haberlos abandonado.

Cuando los primeros tintes de la noche apagaban la postura claridad vespéral, un vehículo se detuvo en el portal del Edificio.

Gamaliel descendió pausadamente. Alto, delgado, su figura imponía por la majestad del porte y el mirar penetrante. Los Hermanos Blancos inclinaron el torso en señal de reverencia y sólo se irguieron cuando el recién llegado lo ordenó:

— Maestro —dijo Tadeo conmovido— los fieles os dan la bienvenida a la Comunidad Blanca. Dignaos aceptar nuestro hospedaje e iluminad con vuestras luces nuestras conciencias y el futuro de esta Casa de Retiro.

Gamaliel contempló a los Hermanos con un raptó de bondad en la mirada; luego sus ojos retomaron la expresión severa que le era habitual.

—Todo será a su tiempo— replicó. Entremos.

Se dirigió al cuarto que le tenían reservado, y al observar las comodidades que se le brindaban expresó:

—Sacad esa colcha de alpaca, traed una silla de madera en vez del sillón de cuero. Nada de alfombras, quiero tocar con mis pies el piso de ladrillo. Tenemos que endurecernos porque se acercan tiempos difíciles.

Tadeo y los Hermanos quedaron consternados. ¿Habrían desagradado al maestro de Justicia?

Sus instrucciones fluyeron instantáneas: después de la ceremonia ritual iniciaría los diálogos confidenciales. Concluidos éstos, celebraría conversación privada con Tadeo. Podrían dormir algunas horas; y a las cinco de la madrugada les enseñaría el nuevo rito bisemanal que se mantendría hasta su próxima visita.

Cuando Gamaliel se hubo purificado en el agua, cambiando su traje de viajero por un lienzo blanco ceñido por un cinturón de oro y azul, cubierta la cabeza por un elevado gorro piramidal, y manejando la varita ceremonial que despedía fulgores mágicos, todos ingresaron a la Sala Principal. En una lengua extraña que sólo entendían el Maestro de Justicia y Tadeo, aquel pronunció enigmáticos versículos. Siguieron los himnos religiosos. Luego las oraciones. Después en ritmo lento la formación de figuras geométricas que, bien entrenados, los fieles realizaron con perfecta regularidad. En sendas copas de madera mezclaron un poco de azúcar con otro poco de sal, tragándolos rápidamente. Gamaliel inició la ofrenda final postrándose de rodillas ante el altar vacío: cuatro columnas de pórfido entre las cuales el aire discurría libremente. Cada cual adoraba a Dios en silencio, que podía ser el Cristo, Khrisna, Buda, Mahoma o el Dios Desconocido, aunque la Comunidad Blanca, en general, prefería aproximarse al Señor de los Cristianos.

Terminada la ceremonia ritual, Tadeo se adelantó:

—Maestro de Justicia: escuchad esta música que nos ha sido revelada. Es un homenaje a Vos.

Gamaliel oyó con atención conmovido por la belleza del sonido y la pureza de los cantos.

—Es un tema arcaico, ya casi olvidado. Lo he reconocido. Pero en parte es creación. ¿Quién es su autor?

Tadeo bajó los ojos y repuso:

—Salió de la Comunidad Blanca. Los Hermanos lo miraron en silencio admirando su desprendimiento.

Esa misma noche comenzaron las confesiones individuales. El Maestro de Justicia escuchó uno por uno a los siete hermanos.

Justino seguía la senda recta del justo. Nada hubo que reprocharle. Pero Gamaliel le recomendó:

—Eres mejor que los otros, mas no te engrías. Todavía será largo el caminar.

Cordelio con palabras veladas y frases ambiguas trató de disimular sus yerros.

—Quisiera ser bueno —concluyó— pero el espíritu de contradicción me impulsa. Luego no puedo evitar el buscar confundir a los hermanos... Quisiera leer sus Íntimos pensamientos. Y los enredo con preguntas que no atinan a contestar. Me acuso de orgullo, pues los aventajo en inteligencia y poder de adivinación.

—Basta —dijo el Maestro de Justicia. También tú juegas un destino en la Comunidad. Piensa de vez en cuando en Judas.

Cordelio se alejó torvo, resentido.

A su turno Jonás se justificaba:

—No soy malo, señor. Ya os dije mis errores. Lo que me duele es que, apesar de mis buenos propósitos siempre termino inventando cosas que aun sin ser malignas inquietan a los hermanos unos contra los otros.

—Todavía te posee el espíritu del mundo —manifestó Gamaliel. Te impongo dos meses de silencio.

Teodoro, el fuerte, expresaba con claridad sus ideas. Sus faltas, veniales, no merecían mayores reproches. Pero Gamaliel advirtió el tono proclive a la arrogancia.

—Tu seguridad te la da el Señor —proclamó. No te envanezcas. Subiste mucho y si te descuidas la caída puede ser fatal.

A Simón lo escuchó con el ceño fruncido.

—Maestro cumplo con las reglas, creo en los fines de nuestra Comunidad, mas los juegos mágicos me atraen No sé qué será, es como si ellos fuesen a revelarme cosas que no me da la Orden.

—¿Olvidaste el fin catastrófico de Simón Mago? —preguntó irónico Gamaliel. No eres un niño para entretenerte en juegos. Limpia tu alma de conjuros y pesquisas sobrenaturales.

Gamaliel escuchó con tristeza las palabras de Norberto, el solitario.

—No es arrogancia, no es que me juzgue superior a los Hermanos, no. Pero no soy feliz como ellos. Escapé del mundo porque me asqueaba; ahora este retiro conventual me fatiga. ¿Qué puedo hacer? La oración y los cánticos me subyugan, por momentos; luego vuelven el hastío, la inutilidad de lo que me sucede. Quiero ser sincero con Vos y con los demás y una fuerza interior me impulsa a callar. Estoy descentrado. No sé por qué sigo en la Comunidad.

El Maestro de Justicia lo miró melancólico:

—La inteligencia analítica te pierde —musitó. Trata de pensar menos en ti mismo, sumérgete en el mundo exterior. Posees un alma limpia, pero dolorida. Si persisten tus dudas, si continúa el descontento, volverás al noviciado. Te hará bien.

Seguidamente Gamaliel llamó a Tadeo:

—Antes de escucharte a ti, vamos a cumplir el rito secreto —ordenó.

Hermanos y novicios dormían en sus celdas. Ambos jefes se dirigieron hacia una gruta en el bosque donde ardía sin tregua una llama azul y oro. Era prohibido aproximarse a la gruta y sólo de lejos podía verse su resplandor. Nadie sabía el por qué de la vida perpetua de esa luz natural o sobrenatural.

El Maestro de Justicia empujó una puertecilla baja e ingresaron al pequeño recinto circular. Al fondo estaba la gruta sin imagen alguna: sólo el fuego sagrado que adoraron los parsis, ignorándose quien lo trajo y quien lo alimentaba. "Es un enigma — qué comentó Gamaliel— no sabemos por qué está ahí, pero la tradición refiere que Asuramaya, el Gran Sacerdote de los atlantes, lo confió al Maestro Esenio Christofanes, uno de los fundadores de nuestra Orden. Lo extraño es que desaparece de una Comunidad Blanca y reaparece en otra Comunidad Blanca cada cinco años. Estamos en el cuarto y debemos rendirle homenaje porque el fuego es el símbolo de la vida que jamás se extingue, y de la esperanza renovada que nunca muere."

En un triángulo de petunias y sobre un solio de piedras, la llama oro y azul ardía misteriosamente.

Gamaliel le arrojó agua tres veces consecutivas de un recipiente que llevaba en la mano y la llama siguió ardiendo. Luego puso su varita de mando —ébano y marfil — en el fuego pero la varita no se consumió. "Repitamos mentalmente el cántico 25°" —mandó. Tadeo obedeció. Enseguida el Maestro de Justicia colocó un gran lienzo blanco sobre el fuego: el lienzo no se quemó pero tampoco, al privarlo de aire, apagaba el fuego. Entonces Gamaliel cogió tres piedrecillas y las arrojó sobre la llama auriazulada: la llama se levantó colérica, rapidísima, a una altura descomunal perdiéndose en el cielo. Tadeo, asustado, miraba temeroso. El Maestro de Justicia se enardeció:

—Se está cumpliendo el rito —exultó. La llama que se alza y se pierde como una flecha, anuncia el próximo descenso.

Y así sucedió. La llamarada que culebreaba como un látigo de fuego, descendió con igual rapidez de lo alto y pronto recuperaba su pequeña estatura inicial: ya era sólo el fuego humilde que reverberaba como una luz sencilla.

—Parece cosa de magia —anotó Tadeo. Si estuviera aquí Simón enloquecerla de júbilo.

Gamaliel lo miró cauteloso:

—No es magia —explicó. Es transfiguración religiosa. Se cumple una vez al año. Confluyen tu pureza y mi voluntad. La llama simbólica como el Espíritu Santo de los cristianos está en todas partes y a veces se manifiesta en fenómenos visibles.

Oraron, arrodillados, y al levantarse haciendo tres reverencias a la llamita que fulgía en la gruta. Renovaron el voto esenio de pureza, obediencia y castidad. Y al hacer la señal de despedida con la mano abierta y cordial, una música suavísima, indescriptible les decía "adiós" desde el fuego auriazulado.

—Ya está hecho —dijo Gamaliel — ahora puedo escucharte.

Se dirigieron a la Sala Confesional y sentados en sendas sillas ambos se contemplaron serenamente. Repitieron la oración de la iniciación esenia y Gamaliel rompió el silencio.

—Te escucho.

Con alma limpia y sencilla Tadeo expuso sus temores, sus dudas, sus inquietudes. También los instantes de regocijo o placidez. Nada se guardó. Emitió su juicio sobre los novicios y sobre cada uno de los Seis Hermanos Blancos. Al final, resumiendo, expuso su caso de conciencia:

—Maestro de Justicia. No soy digno del cargo de Jefe de la Comunidad Blanca. Me identifico con los seis Hermanos Blancos, absorbo sus faltas y sus vacilaciones. Carezco de energía para enderezarlos. Mi palabra es débil, no tengo el don de persuasión. Tampoco puedo emplear la energía, va contra mi naturaleza. Pido ser relevado. Justino podría sustituirme con ventaja, tiene más carácter, manejarla la comunidad con más acierto. Prefiero retornar a mi antigua condición de uno de los Hermanos Blancos; y si vuestra dignidad lo permite, hasta quisiera volver al noviciado donde no llegan las miserias del mundo ni las tribulaciones de los Hermanos Blancos.

Gamaliel callaba. Permaneció algunos instantes en muda meditación. Luego hizo saber su decisión.

Tadeo, alma limpia —dijo— eres el mejor de todos. Acepta tu cruz y prosigue tu misión. Al cargar las aflicciones y las flaquezas de los Hermanos, estás purificando tu espíritu. Tu misión consiste en comprender y padecer. No hay camino de renuncia para el fiel esenio. Todo sigue su marcha inexorable. Un carácter férreo desharía la Comunidad Blanca; es la suavidad de tu conducción la que la preserva. No hablemos más. Eres digno y leal Jefe de esta casa de purificación espiritual.

Atribulado quedó Tadeo pero la norma de obediencia se impuso.

—Maestro de Justicia —respondió. Acato tu decisión.

Consultado el peligro de la lavandera Deborah para la castidad de los Hermanos, Gamaliel dió la solución: que termine su contrato a fin de mes. Despidela: hermanos y novicios lavarán sus ropas. Proveeré los fondos para instalar una adecuada lavandería, y el taller de planchado consiguiente.

A la hora del descanso, Cordelio paseaba con Jonás, Justino y Teodoro juntos, Simón pugnaba por la vecindad de Norberto y éste rehuía su contacto.

—No son malos —refirió a Tadeo— pero aun están sujetos a tentaciones mundanas. Irán aprendiendo. Justino y Teodoro te darán menos trabajo. Vigila a los otros: tu virtud y tu suavidad para conducirlos les hacen mucho bien.

La tarde final —a Gamaliel le gustaba viajar de noche — el Maestro de Justicia hacía el último recorrido por el convento.

—Todo anda en orden, te felicito —dijo a Tadeo.

Y luego, en voz baja:

—Tú los sientes, como yo: ambos rondan, buscadores de almas. Su lucha nunca cesará. También ellos cumplen un designio de lo Alto. No debes tomar parte en sus conflictos. Corrige lo que te parece peligroso, simplemente.

—Belial, Uriel, los invisibles, también por su causa padezco — contestó suspirando Tadeo.

El Maestro de Justicia hizo un signo afectuoso con la diestra y previno al despedirse:

—Jefe de la Comunidad Blanca: honras la Causa Esenia. Todo anda bien en tus predios. En dos meses más volveré rompiendo la regla de la visita anual. Hay algo muy importante que debo transmitirte: prepárate para una tarea tal vez superior a tus fuerzas. No puedo revelarla todavía. Seremos probados.

Confuso quedó Mateo al separarse de Gamaliel y su corazón sobresaltado. ¿Qué sería? ¿No bastaban sus quebrantos actuales? No había nacido para mandar sino para sumisión. ¿Por qué lo asediaban la elevación y el poderío? Tadeo renovaba sus votos de humildad: evitaría las altas y difíciles misiones. No se entregaría.

Tras la partida de Gamaliel, el Jefe de la Comunidad Blanca volvió a padecer de insomnio. Apenas si cerraba los ojos dos o tres horas. Tenía que dejar el lecho y ponerse a caminar entregado a sus meditaciones. El convento, silencioso, dormía. Pensaba en el contraste entre la naturaleza quieta, llena de majestad en la calma nocturna, y su espíritu turbado por la confusión interior. El Maestro de Justicia había sido muy bueno pretendiendo disipar sus dudas, confirmándolo en sus elevadas funciones, pero Mateo se conocía bien: no se consideraba suficientemente fuerte de voluntad para guiar a la grey blanca. Pensaba que sin disciplina rigurosa ella no podía funcionar debidamente; le costaba adoptar medidas severas como lo mandaban las reglas. Sentía una gran compasión por hermanos y novicios. ¿Tengo el derecho de juzgarlos? Y sin embargo estoy obligado a hacerlo. Si se conocieran mis dudas... Las pocas noticias que llegaban del exterior y sobre todo lo que acontecía en la Comunidad Blanca lo colmaban de angustia. ¿Eran tan puros como exigía la condición de Hermanos? ¿No adivinaba entre el velo de los disimulos que casi todos, hermanos y novicios seguían siendo presa de la animalidad humana? Y esa lucha sorda entre los seis adeptos, todos, buenos y malos, ansiando sustituirlo en la jefatura, haciendo méritos reales o fingidos... Si, lo respetaban por su rango, pero más de una vez le dieron la sensación de no creerlo muy perspicaz. Tadeo, por sí mismo, se empequeñecía: era honesto. No buscaba deslumbrar ni imponerse por el mando seco y enérgico. Aplicaba las reglas con firmeza más sin extremar el rigor punitivo. El sabía que se lo consideraba blando de espíritu. Y éste era el reproche mayor que se hacía. Según el principio esenio de pureza y desprendimiento evitaba exaltarse, pero la conducción del convento le imponía una segunda naturaleza y tenía que revestirse de carácter aunque la tristeza lo dominara para conducir su grey. Debía ser un Jefe aun siendo un monje...

Caminaba en la noche de luna por el bosque de laureles cuando un rumor en el follaje lo indujo a aproximarse. Sus sandalias de goma amortiguaban el ruido de sus pasos. No poseía una vista muy aguda y le pareció que algo más allá había otra persona; por la estatura creyó reconocerlo: era Norberto. Se acercó algo más, con precaución y tuvo que taparse la boca para reprimir un grito de sorpresa.

Sobre la hierba Deborah, la garrida lavandera luchaba con tres novicios. Dos le sujetaban piernas y brazos, y el tercero quería violarla.

—¡No, no! -decía la muchacha. Soy virgen. Me han traído con engaño. Los haré expulsar. Cuando lo sepa el Hermano Tadeo los echará del convento.

Fueron tales la sorpresa y la indignación del Jefe de la Comunidad Blanca, ya debilitado por los largos ayunos, que se desmayó derrumbándose silenciosamente en el alto pastizal. Nadie advirtió su presencia.

Pero el otro espectador, bien escondido, el Hermano Norberto asistió, testigo excitado, a la escena.

La joven sabía que estando rigurosamente prohibido el acceso de mujeres al convento si se la descubría un castigo durísimo la aguardaba, acaso a su familia más; por eso hablaba en voz baja y se defendía tenazmente. Pero los violadores eran jóvenes y fuertes decididos a consumir

sus propósitos. A la claridad lunar Norberto vió como los tres novicios desgarraban la blusa de la muchacha: brotaron los altos y hermosos senos vírgenes que uno de ellos acarició con insistencia. Le alzaron la falda y los duros y bien moldeados muslos se debatían desesperados sin querer abrirse. Deborah era fuerte también y la energía de su defensa incitaba más a sus asaltantes. Ignorando las protestas de la lavandera y sus lágrimas, sólo atinaban a torpes caricias por el cuerpo estupendo. La moza luchaba con fuerza duplicada por la ira, no quería entregarse. Uno de los novicios alzó el puño para dejarlo caer en la cara de la joven y reducirla a la impotencia:

—No seas bruto —exclamó otro novicio. Perderíamos todo el encanto de la cosa; ella tiene que gozar también con nosotros, entonces nuestro placer será mayor.

La pugna desesperada prosiguió frente al deleite de Norberto que contemplaba excitadísimo lo que pasaba ante sus ojos. En uno de esos movimientos frenéticos para liberarse, Deborah logró arrojar de sí a uno de sus asaltantes y se dió la vuelta, pero los dos restantes la echaron de bruces contra la yerba y surgió ante ellos la grupa incitante de la joven.

—Es el trasero más glorioso del mundo —dijo uno de los novicios. Y todos tres se dedicaron a manosear y excitar a la muchacha cambiando la brutalidad del ataque inicial por refinadas caricias que terminaron por vencer a la infeliz lavandera. Entre llantos, pequeños gritos, gemidos y movimientos alternados de rechazo y de atracción, Deborah abrió los muslos fascinadores y se entregó sucesivamente a sus tres asaltantes abrazándolos con el ardor de su vigorosa juventud. Los novicios quedaron satisfechos y la muchacha yacía exhausta en el suelo.

—¡Vámonos! —ordenó un novicio a los otros. Ella sabe el camino y se irá. No dirá nada.

Los novicios desaparecieron velozmente. Norberto salió de su escondite y se acercó cauteloso a Deborah que con los ojos cerrados seguía gimiendo en voz baja.

—No temas — dijo. He visto todo y los haré expulsar de la Comunidad. Yo te cuidaré.

Sacó un pañuelo y le limpió el lindo rostro sudoroso. Su primer impulso fué sincero, se apenó de la desgracia de la joven y quería ayudarla. Luego de una fuentecilla próxima trajo agua para lavarle los muslos todavía con manchas de sangre. La hizo sentar, reclinada en un roble, y al tratar de componerle el vestido, sus manos tocaron la hermosa grupa desnuda. Sintió un ramalazo de lujuria. Ella lo dejaba hacer, todavía aturdida por lo sucedido. Al cerrarle la blusa, Norberto rozó los duros senos palpitantes. Quiso sobreponerse al deseo y no pudo. La chica segura con los ojos cerrados, fuese por desfallecimiento físico o por vergüenza y la boca de labios sensuales se entreabría tentadora. Norberto se agachó y la besó; al principio ella no respondía pero el Hermano era tan suave e insinuante en sus besos y en sus manos acariciadoras que le recorrían todo el cuerpo, que pronto Deborah, convertida en una hembra respondió a las caricias masculinas y se entregó ardientemente a su cuarto asaltante. Jamás sintiera Norberto tan hondo y prolongado goce sexual. ¿Cómo esta joven-virgen podía transformarse tan rápidamente en hembra ardiente, sensual y voluptuosa?

Todavía embriagado de júbilo y de orgullo masculino Norberto acompañó a la joven al boquete disimulado por el cual entrara al convento. “¿Volverás? — preguntó tembloroso. “¡Nunca! —contestó Deborah —.Todos ustedes son unos demonios. No sé qué me han hecho.”

Volvió Tadeo del largo desmayo viendo con estupor que estaba solo. ¿Y Deborah y los tres novicios? La luna alumbraba claramente la escena: sólo árboles, senderos, la grama del piso, los laureles, el gran roble y un resplandor de plata deslizándose sobre las piedras mayores. Todo calmo, silencioso. ¿Habría soñado? Si: estaba claro. Preocupado por sus novicios y la urgencia de evitarles la tentación de la joven lavandera, había imaginado una visión inexistente. Se tranquilizó: no exageraría los ayunos que debilitaban su mente y le restaban energías para el mando. Había sido sólo un sueño pasajero.

Pero al día siguiente, después de las ceremonias rituales, Norberto le pedía audiencia urgente. Se la concedió.

—Señor —dijo el Hermano Norberto —pido la inmediata expulsión de los novicios Juan, Pedro y Pablo. Rompieron el voto de pureza y han mancillado a la Comunidad Blanca.

Tadeo sintió que un venablo agudo lo traspasaba: ¿entonces no había sido una visión imaginaria, sino una vergonzosa realidad la que determinó su desmayo?

—¿Estás seguro, hermano?

—Soy testigo y sabes que no sé mentir.

Dió detalles y atestiguó el delito: debían ser expulsados.

Luego bajando la testa y escondiendo la mirada añadió:

—Soy más culpable que ellos. Caí en la misma falta. Abandonaré la Orden pero antes quiero soportar el castigo que me impongas, que sea el más riguroso, pues necesito penitencia.

Tadeo lo contempló con honda pena:

—¿Tu pecador, tu que jamás diste motivo de queja?

Norberto seguía compungido:

—Soy débil, señor. La carne ha rasgado mi voluntad. Debo abandonarlos.

Tadeo vacilaba:

—Déjame ver con calma la situación Buscaremos una salida... Bien sabes que la Comunidad Blanca es rígida, severa, pero admite la enmienda y la penitencia...

—No —repuso Norberto— reincidiría. La llaga se abrió y no podría cerrarla. Debo partir.

Se retiró, encorvado por la angustia y Tadeo lo vio alejarse quedando a su vez agobiado por la desdicha del Hermano.

Belial y Uriel transitaban por el aire, invisibles al ojo humano. "Los haré caer a todos —dijo aquel— Deborah me pertenece ya y volverá." Uriel contestó airado: "No lo conseguirás. Los protegeré haciendo que no vean su cuerpo tentador. Los salvaré." Belial reía, reía y su cara deforme, maligna, contrastaba con el noble rostro el Espíritu Benigno.

Teodoro estaba junto a la fuente del patio central cuando se le aproximaron Cordelio y Jonás.

—Salud, Hermano. Es la hora de libre conversación.

—Salud, Hermanos.

—¿Sabes que fueron expulsados tres novicios y que Norberto ha pedido su retiro de la Comunidad Blanca?

—Lo ignoraba — dijo Teodoro.

—¿Y no puedes imaginarlo? —preguntó Cordelio.

—Eres tan cándido —añadía Jonás. Es algo carnal, tal vez Deborah o algo entre ellos cuatro...

—No seáis perversos —respondió Teodoro. Siempre estáis pensando mal.

—Ya sabemos que eres fuerte, el incorruptible, pero la vida es más fuerte que las reglas de la Orden. Esta es la verdad. ¿Y qué otra tentación podría surgir aquí, en el convento, sino es la de la carne? —sugirió Cordelio.

—No pienso en ella, me niego a creerlos. Pueden existir otras razones.

—Crédulo y confiado como los que no poseen cabeza sólida —anotaba Jonás. ¿Porqué no lo averiguamos? No sería difícil.

—Hacedlo vosotros —replicó Teodoro. Hice voto de castidad y entra en ella no inmiscuirse en vidas ajenas porque la maledicencia contamina el alma.

—¡Huy, huy!— clamó Cordelio. ¿Profesas para ángel? Es mejor saberlo todo y sucede que en el convento pasan muchas cosas raras, Tadeo anda afligido, pensativo, ¿qué será? No es sólo la deserción de Norberto y la expulsión de los tres novicios. Hay algo más, hay, acaso, mucho más...

—Pensad como queráis —expresó Teodoro, mas no manchéis esta mañana virginal con vuestras cavilaciones maliciosas. Me niego a seguiros escuchando.

Y se alejó sereno y digno por la ruta de los claveles.

—Pobre Hermano Teodoro —comentaba Jonás. Se cree el más fuerte y es en realidad el más débil: no puede resistir una conversación.

—No —dijo Cordelio. Es verdaderamente más fuerte que nosotros porque evita la tentación de la sospecha.

Ambos Hermanos se miraron y viendo acercarse a Justino acompañado por Simón salieron a su encuentro.

La Durante el rito vespéral sucedió algo inusitado. La suave música de los himnos religiosos fué interrumpida varias veces por un zumbido bronco que parecía subir de los bancos de madera donde se sentaban Hermanos y novicios. Sí: la madera gemía, aullaba, vibraba al extremo que algunos se levantaron creyendo tratarse de un temblor. Luego cesaron ruidos y vibraciones y todo volvió a su natural acuerdo.

Terminado el rito vespéral y trasladadas las tres altas cruces de izquierda a derecha, Tadeo se dirigió a los presentes:

—Entonemos el Himno de la Despedida a los cuatro seres que abandonan la Orden —musitó.

Concluída la ceremonia pasaron al refectorio. La parca cena se realizaba en silencio. Las miradas se cruzaban como palomas asustadas. Justino, el más perspicaz, observaba los esfuerzos de Tadeo para evitar las lágrimas. Cordelio y Jonás apenas podían disimular su curiosidad: querían saber lo ocurrido y miraban inquisitivos a todos los circunstantes como si de los rostros mudas inmóviles y de las bocas mudas pudiese brotar la verdad.

Cuando todos estuvieron recogidos en sus celdas, Simón salió de la suya dirigiéndose al círculo de rododendros en cuyo centro de alzaba un pedrón informe que lo mismo podía representar una escultura arcaica de la época neolítica, como una simple herida rocosa

desprendida de la montaña. Nadie sabía quien la colocó en ese lugar. Pero allí estaba. Y Simón se empeñaba que un poder oculto la habitaba. Con paso cauro se aproximó al pedrón. "Tu me revelarás lo que ha pasado" —pensó, y desenvolviendo un lienzo negro hizo sus conjuros hablando en voz baja.

Nada extraño sucedió al principio, pero fuese autosugestión o simple creencia de alucinado, lo cierto es que Simón vió surgir cuerpos borrosos dentro de un cuadrángulo veduzco. Nada sucedía en el paisaje; si otra persona hubiese contemplado la escena, se habría admirado al ver al Hermano gesticulando, solo, y moviéndose en torno al pedron. Pero Simón si veía, creía ver, o proyectaba, para si, imágenes que sólo bullían en su cerebro. Figuras semiveladaz, cuyos rostros no podía definir, cuerpos entrelazados, llamas que los envolvían sin calcinarlos. Por mucho que se esforzó no podía clarificar su visión: todo giraba confuso, vago, borroso. No pudo esclarecer quienes eran ni qué hacían. Pasaban, pasaban... Redobló sus conjuros, trazó curvas raras en el aire, mas no pudo saber más. Después de infructuosos esfuerzos el Hermano Simón se lamentaba: no era un mago, sólo un semimago. Los poderes ocultos se hacían presentes pero envueltos en penumbra. Anunciaban algo fuera del conocimiento común, pero no lo revelaban del todo.

Despechado, sudoroso, se limpió la frente. Y al mirar por última vez al sombrío pedrón, le pareció que éste se convertía en una enorme cabeza disforme, de ojos repulsivos y boca siniestra. Y creyó oír estas palabras: "Simón, Simón: aun no me perteneces. Eres todavía demasiado ingenuo..."

Cordelio miraba despectivo a Jonás:

—No te atreves a decir lo que piensas, pero sé lo que es.

Jonás, vacilando, repuso:

—Es que no se trata de algo concreto, sino de una sensación extraña... No sé cómo definirla...

—Lo que pasa es que te aburres. Esta quietud, este no hacer nada, este ritmo de vida arrastrada nos hace añorar el mundo veloz en que vivimos antes.

—Entonces tú también sientes, por consiguiente sufres por la inacción.

—Si, extraño el movimiento rápido. Estamos aquí purgando los errores de nuestra vida anterior, tal vez haciendo méritos para algo nuevo, que tal vez no existe.

—Tú también dudas (y Jonás hizo un gesto de contento). Te pregunto, si dudamos, si añoramos los tiempos pasados ¿por qué estamos aquí?

Cordelio replicó adusto:

—Cada cual tiene sus razones. No intentes profanar el recinto de las causas recónditas.

Jonás, insistente:

—Quisiera conocer el fondo secreto de las almas.

—Si fuese descubierto ya no sería secreto. Puedes imaginar mil razones sin alcanzar jamás el móvil que me tiene sujeto al convento. Sombrío añadió: Acaso yo mismo lo ignoro.

Jonás levantó la mano en señal de comprensión:

—En cambio yo no tengo nada que ocultar. Cierto que no me confié a Tadeo ni a los otros hermanos, pero en ti confío, no se por qué, acaso porque eres audaz y no temes afrontar a los otros, incluso al Jefe de la Comunidad Blanca.

—Estás aquí porque fuiste repudiado del mundo; tu amor a la intriga te precipitó a este recinto.

—¿Recuerdas el lío que arme esa vez que indispuse a Justino con Teodoro y a éste con Norberto? Ja, ja, ja...! Ni Tadeo con su penetración y su dulzura podía desenredar el ovillo.

—Tú tienes eso, siquiera: gozas enredando a los demás, haciéndolos enfrentarse unos a otros. Yo ignoro lo que es el contento, todo me rechaza.

Jonás quería romper el muro de cristal que lo separaba de Cordelio:

—Siempre te admiré por tu coraje, mas ahora me parece que tienes miedo de revelar esa fuerza extraña que te habita, si, fuerza extraña porque yo la siento, la adivino en tus palabras, en tus gestos, hasta en las entonaciones de tu voz. ¿Por qué disimularla?

Cordelio se mostró irritado:

—Eres tonto, Jonás. Lo extraño, lo secreto no se entregan. Yo no critico tus vuelos de mariposa, siempre intentando posarse en corolas ajenas para libar néctares confusos. Respétame como soy.

Jonás juzgó prudente cambiar el giro de la conversación:

—¿Qué piensas de la desertión de Norberto?

—La esperaba. Era demasiado esquivo, demasiado solitario. No daba escape a sus instintos ni a sus pensamientos. Al fin lo venció la sensualidad de Deborah que despertó la suya.

—¿Será feliz regresando al mundo?

—Quien puede saberlo... Nunca te guíes por el ejemplo ajeno. Cada cual es un mundo aparte, insobornable. Tu mismo has perdido tu poder maléfico para intrigar; aquí lo ejerces con disimulo, arteramente, escondiendo tus intenciones bajo velos de naturalidad, y como la mayoría de Hermanos y Novicios es sana, son ingenuos, caen vencidos por tu astucia. Pero el mundo el mundo... que dejamos, donde todos luchan astutos, agresivos, envidiosos, no se dejaría engañar por tus artimañas. Estás mejor aquí más seguro, más oído, aunque de tanto en tanto el sosiego te incline al tedio.

—Eres sagaz, me viste bien. Yo sigo sin comprender por qué integras la Comunidad Blanca si no leo amor en tus ojos.

Cordelio rió con risa forzada:

—No sólo de amor viven los hombres.

De pronto Jonás tuvo una inspiración repentina:

—Te inquieta Tadeo, acaso has pensado...

—¡Calla! —ordenó imperioso Cordelio. El Jefe es puro, es bueno, no debemos mezclarlo en nuestras dudas.

Pero sus ojos negaban lo que afirmaban sus labios. "Quiere sustituirlo —pensó Jonás— y ese es su drama."

Para cortar la charla Cordelio sugería insinuante:

—Tu sabes averiguarlo todo; ¿por qué no indagas qué sucedió realmente con Norberto y los tres novicios. Supe que Norberto y Deborah se casarían por eso presumo que él fué vencido por la carne; pero los novicios ¿qué papel juegan en la expulsión de todos cuatro?

Jonás sonrió agradecido:

—Gracias, me das el camino. Sabré hallar la verdad de lo sucedido.

Cordelio deslizó la final sugerencia:

—Tadeo está más pensativo que de costumbre. Si pudieras sondear su ánimo, saber qué le ocurre...

Jonás no era tonto. Y replicó bien:

—Eso es mucho más difícil. Bien sabes que a Tadeo no le infundo simpatía. Se cierra cuando me aproximo a él. Haré lo posible.

El Hermano Teodoro, fuerte en si mismo, no vivía de preocupaciones éticas ni menos metafísicas. Su mundo era sencillo: trabajaba en la carpintería, cumplía concienzudamente sus deberes — se decía. Llevábase bien con los Hermanos, evitaba las discusiones y los novicios le infundían ideas de protección. Bueno y apacible jamás hizo ostentación de su gran fuerza física. Tenía la mansedumbre de un buey. Y no que su inteligencia fuese reducida, sino que sólo él sabía que la vida placida y recogida del ámbito conventual, al apartarlo de los goces y excitaciones del mundo de afuera, constituía la necesaria penitencia por el delito de haber matado a su primo Félix, delito nunca descubierto.

Antes había sido pendenciero, díscolo, agresivo. Ahora se tenía impuesta una disciplina de mansedumbre y de bondad. Quería expiar su delito y se acomodaba dócilmente a la disciplina de la Casa de Retiro. La soledad y sencillez de la vida conventual, apenas interrumpida por los pocos minutos de descanso y conversación, le infundía una sensación de paz bienaventurada.

Instintivamente, acaso porque presentía su limpieza de alma, Tadeo solía buscar la compañía de Teodoro, cuya solidez física corría pareja con su nobleza de conducta. No formulaba preguntas indiscretas, no pretendía entrometerse en vidas ajenas; callado y lacónico procuraba mas bien esconder su inteligencia y el saber transportado del mundo. Pero Tadeo intuía que el Hermano Teodoro era mucho más despierto de cuanto aparentaba y le agradaba la nobleza de su conducta.

Fué pues a él a quien confió sus cuitas:

—Me siento aminorado en las últimas semanas. No soy viejo, ciertamente, sesenta años no es vejez, pero me fatigo, duermo mal, he perdido el apetito. El médico sostiene que soy un hombre perfectamente sano. Me preocupa el futuro de nuestra comunidad.

—Hermano— contestó Teodoro —Habéis sembrado virtud. Sabremos responder.

El Hermano Tadeo se explayó:

—Tú sabes que confió en unos y desconfió de otros; ¿para qué nombrarlos? Hay cosas que andan mal Esos novicios expulsados Norberto, en fin, sufría mucho.

Teodoro callaba en respetuoso silencio. Por fin aventuró:

—Se corta la rama seca y el árbol sigue en pie.

—Eres fuerte, escondes tu propio pesar.

—He renunciado a todo al entrar aquí, hasta a mi persona.

—¿Pero eres feliz?

—No importa serlo o no serlo, basta sentirse tranquilo.

El Hermano Tadeo repuso:

—Nuestra Comunidad Blanca parece tan simple, tan sosegada y es un mundo inquieto, cuajado de pequeños problemas, roces, fricciones. Alcanzo a resolver algunos, los más escapan a mi jurisdicción. Verdad que la Orden manda que la acción de cada cual predomine sobre la disciplina formalista, pero me angustia pensar que no puedo ayudar a Hermanos y Novicios: están desamparados.

—Hermano— añadió Teodoro — sois demasiado bueno. ¿Por qué padecer por los demás? Bastante tenemos con afrontar las propias dudas y hastíos.

—Soy el más débil de vosotros y se me ha colocado a la cabeza. No parece acertado.

—Todo está bien, señor, todo está bien. Vuestro sufrir tendrá su recompensa; mas no dejéis que se advierta vuestra congoja: cundirían el relajo y el desorden.

Tadeo lo contempló con afecto:

—Tienes razón. Debemos guardar nuestras cuitas. ¿Me acompañarías en la visita penitencial a la ciudad?

Teodoro odiaba hacerlo pero se impuso el castigo:

—Iré donde Vos digáis.

Partieron al amanecer del convento. Caminaron todo el día sosteniéndose con pan, agua y frutas. Durmieron al aire libre cubiertos con sendas mantas, y al siguiente día, a las cuatro de la tarde entraban a la ciudad tumultuosa poblada de ruidos.

El tráfico era intenso. Apretados racimos de gentes circulaban por calles y avenidas. Los rascacielos cubrían los horizontes. Largas hileras de vehículos llenaban las calzadas. Aturdidos por la profusión de ruidos y voceadores callejeros, los Hermanos Blancos se internaron por una de las anchas vías centrales de la urbe.

Caminaban despacio, evitando encontrones, deteniéndose a trechos para observar detalles en su recorrido. Vieron edificios espectaculares, automóviles de lujo, hombres y mujeres orgullosos, tiendas suntuosas, y también ciegos, mendigos, niños andrajosos pidiendo limosna. El eterno contraste del exceso y la miseria. ¿Por qué el mundo estaba tan mal organizado y los seres humanos soportan tamañas desigualdades? Los socialistas creen poder arreglarlo todo por la aberración marxista y sólo se hunden en mayor miseria y opresión. Los demócratas, con su exceso de libertad, rayan en la confusión. ¿Quién podrá regular, finalmente, el equilibrio de individualidades y de masas en las urbes? Los Hermanos Blancos se sentían perdidos en el laberinto babélico.

Pero la penitencia consistía en permanecer seis horas caminando y observando lo que sucedía en la ciudad. No podían comunicar impresiones —eso vendría después— y debían sólo absorber, absorber el veneno mefítico de las multitudes, de las altas torres de vidrio y de cemento, del aire contaminado, del flujo incesante del torrente vehicular.

En un zaguán penumbroso una pareja se entregaba a prácticas indecorosas sin que nadie reparara en ella. Más allá un hombretón golpeó a un niño. Un pitido del vigilante y se detuvo el tráfico: un micro acababa de atropellar a un anciano. Vino la ambulancia y se lo llevaron agonizante al hospital. Los transeúntes reanudaron su marcha pisando la sangre de la víctima esparcida en la acera. Habían codazos torpes, gestos bruscos, insultos, gritos nerviosos. Improperios en la calzada y en las aceras. Y todos caminaban presurosos, presurosos, como desesperados por arribar a metas invisibles.

Tadeo, angustiado por los acicates del trajín urbano, pensaba en las reglas de la Orden, allá en el convento lejano: moderación, ritmo pausado, entender los lazos solidarios de naturaleza y hombre, el cuerpo limpio, el alma pura, unir la bondad cristiana con el justo medio chino, orar, meditar, amarlo todo y tolerar las fallas ajenas. Teodoro se sentía irritado de observar la avidez en los ojos, la prisa de los cuerpos, la ansiedad de los espíritus: se disputaban tiempo y espacio enojados. En los vehículos o en las aceras se exhibían rostros angustiados, nerviosos, algunos prontos al pánico. La urbe segura siendo un infierno de apetitos y premuras físicas.

Entraron a una avenida y de pronto se vieron compelidos por la multitud que retrocedía: "Gases, están echando gases"! —gritó alguno. Y todos se agolpaban impulsados por grupos de manifestantes que se arrojaban unos contra otros. Un hombrón, despectivo, comentaba: "Bah, otra vez un paro, y todos se asustan. Si esto es lo normal."

Los monjes, zarandeados por la multitud resistían pasivamente gritos y empujones. Tadeo cogió de la manga a Teodoro y se refugiaron en un zaguán; desde allí vieron pasar la muchedumbre enfurecida de manifestantes y de guardias, todos igualmente belicosos, sedientos de inferirse daño.

Pasó la manifestación dispersada a la fuerza. Los monjes se miraron con tristeza y reanudaron la marcha por la ciudad populosa, hirviente de actividad.

El estruendo de las voces y los ruidos los aturdía. Una mujer gruesa los empujó torpemente sin pedir excusa. Otros los miraban como se mira a raros animales. De un almacén salió corriendo un niño que apenas tendría diez años seguido por un corpulento sujeto, que al cogerlo le propinaba fuertes golpes. Tadeo se interpuso:

—Es un niño —dijo. No lo pegue.

El hombre se revolvió asestando una bofetada al Hermano Tadeo.

Teodoro, que era fuerte y valiente, intentó agredir al exaltado. Tadeo lo atajó:

—Es preferible que me pegue a mí, y no al niño.

El sujeto se sintió desarmado por la mansedumbre del monje y balbuceando algunas palabrotas se retiró.

—Gracias —exclamó el niño. Usted me ha salvado.

Y aun se veían en la carita llorosa los moretones que le infligiera el bruto.

De un auto bajaron tres individuos y se introdujeron como rayo en un portalón. ¿Qué pasaba? A nadie le importó: la corriente humana seguía su curso. Un muchachón afanado por abrirse paso derribó a una anciana. Nadie se prestó a levantarla. Y la ola de ruidos, de voces, de gestos nerviosos, de las caras inquietas crecía, crecía...

Los Hermanos Blancos traspiraban de ansiedad. Y éste era el mundo, el mundo real, sombrío de las voraces ansiedades. Con razón el filósofo zahorí pudo asentar: "en la ciudad no vivo, me des-vivo."

Padecieron muchas peripecias más en el trayecto. Su andar lento, cuidadoso, les ocasionaba dificultades. Alguien, después de empujarlos torpemente les gritó:

—¿Por qué no se apuran? Estorban a todos con sus maneras reprimidas. Esto no es el convento. ¡Moverse, moverse!

Concluido el paseo penitencial los monjes se miraron consternados, asaltándoles el mismo pensamiento: “cuán bella y cuán plácida la vida en la Comunidad Blanca, donde no llegaba la resaca del oleaje urbano.”

No necesitaron comunicar sus impresiones. Tadeo y Teodoro sabían perfectamente que por nada cambiarían su retiro conventual. Los hombres no son malos pero la prisa demoníaca a la que los sometía el torbellino de la ciudad, los despojaba de sus más nobles atributos humanos y los convertía en fieras. ¿Quién puede invocar la bondad, la pregonada solidaridad humana, la quieta belleza de las cosas tranquilas donde todo es ansiedad y precipitación?

Retornaron al convento reanimados por la paz y el silencio de la Comunidad Blanca, apenas turbada por los silbos de los pájaros.

El contacto con el mundo habla desvanecido las dudas y los desfallecimientos. Tadeo se avergonzó de la interior debilidad, Teodoro se mantuvo en su invariable ecuanimidad. Hallaron a Cordelio más inquieto que de costumbre, a Jonás siempre peligrosamente intrigante, con sutileza que no admitía reproches. Simón algo decaído. Justino, el justo, los acogió jubiloso.

La vida transcurrió plácida entre los deberes cotidianos, los ritos de purificación, los himnos y cantos sagrados, y el aprendizaje de los Novicios a cuyo seno se incorporó a tres nuevos oficiantes en reemplazo de los expulsados.

El día que acogieron al peregrino —un anciano vigoroso de poblada barba blanca —le dieron comida y ropas, mas no pudieron darle techo porque la Orden lo prohibía, la hermosura del paisaje fué perturbada por las palabras de Ramón, el anciano, que se despidió con estas palabras.

—Gracias: habéis sido muy buenos conmigo. Sois realmente Hermanos. Se aproximan tiempos de convulsión; ojalá no lleguen a la Orden Blanca. Las calamidades se desatarán incontenibles. Preparaos, preparaos...

Tadeo y los Hermanos Blancos se miraron angustiados. ¿Por qué la nefasta profecía? Pero pasaron los días y como nada excepcional acaeció, no tardaron el olvidar a Ramón y sus funestos augurios.

Tres semanas después Tadeo recibió otro mensaje del Maestro de Justicia. Decía: "nos encontraremos a la medianoche en el bosque de laureles."

Tadeo acudió a la cita con anticipación: ¿qué sería, por qué Gamaliel quebraba las reglas de la Orden con su visita inusitada, lo afectaría honda o superficialmente el motivo de su llegada?

Al dar las doce en el campanario de la Orden Blanca, el Maestro de Justicia se perfiló por el sendero. ¿Cómo había ingresado salvando los altos muros del convento? Nadie pudo abrir el portalón porque su visita era secreta. Pero ahí estaba: alto, grave, avanzando con pisada leve sobre la grama.

Gamaliel hizo el saludo de rigor con la diestra, en alto y extendida la mano que luego extendió horizontalmente. Tadeo le contestó con el mismo ademán.

Sentarónse en un banco de piedra y el Maestro de Justicia inició la plática:

—No te asombre lo que diré —comenzó. Todo está cambiando en el mundo y ni nuestra Orden podrá librarse de las mutaciones exteriores.

—¿No irán a sacarnos de aquí? —preguntó Tadeo asustado.

—No, no seréis removidos de este sagrado recinto, pero vuestras ocupaciones sufrirán un violento cambio de eje. Sobre todo tú, que eres el Jefe de la Comunidad Blanca, tienes que orientarla por la nueva vía, que será de sufrimiento y consternación. Y es que está mandado que los más puros sean los que absorban mayor carga de dolor.

Calló unos instantes antes de proseguir:

—Probablemente nunca se te ocurrió pensar que nuestra Orden tiene algo de militar por su ascetismo y su disciplina.

—¿Militar? —dijo Tadeo. No, jamás lo pensé.

—Somos una milicia del Espíritu. No guerreamos ni hacemos daño a nadie pero tenemos que acosar a los que abusan del poder.

—¿Con himnos y oraciones? —preguntó Tadeo.

—El mundo rueda y en su constante girar muda sin descanso. Nos llaman a una cruzada contra el Mal. ¿Has olvidado a los Templarios, que fueron órdenes religioso-militares, y a las huestes de Loyola que todavía cumplen misiones de justicia en el planeta? Me ha sido transmitida tarea de nuevo ordenamiento, que es tan importante como el deber de salvación, porque no trabajaremos para nosotros sino para los demás.

—Convertirnos en una milicia: obedecer, obedecer... aunque vaya contra nuestras reglas monásticas...

—En este pergamino encontrarás el permiso por tres años para adoptar otra conducta, y las normas principales a las que te sujetarás al adiestrar a Hermanos y Novicios. La Orden Blanca ha sido llamada a la acción y ello nos demanda nuevas energías, una fe ciega, obediencia sin reparos.

Tadeo se estremeció. En la mirada de Gamaliel nunca viera otra cosa que recogimiento y bondad, mas ahora había sorprendido una chispa de crueldad.

—Cuando te sea impartida la orden, la cumplirás sin discutir. Si hay que derramar sangre, que sea derramada. No matarás ni harás matar por maldad ni por codicia, mas porque el castigo debe llegar donde debe llegar. Macularás tu alma, y al macularla la salvarás porque violentando tu íntima naturaleza conocerás el secreto de los voluntariamente inmolados. Tú fuiste elegido También yo recibí el llamado y seré sacrificado al Superior Designio.

Tadeo volvió a estremecerse. El Maestro de Justicia hablaba en tono seco, duro, desconocido en él y a ratos no podía esconder el fulgor victorioso de sus ojos, un fulgor que trascendía a muerte y poderío.

Tadeo se azoró:

—¿Cómo voy a transformar la Orden Blanca de seres seráficos, en ciegos cumplidores de la acción?

—Aquí están las instrucciones. Todas. Primero los convertirás en atletas, hombres vigorosos, ágiles, ávidos de vencer. Cuando los cuerpos se hayan endurecido impartirás el aprendizaje de la voluntad inexorable. Y cuando cuerpos y almas, al unísono, o están preparadas para las disciplinas y cometidos que te hará llegar dentro de ciento veinte días, simplemente:

obedecerás y harás que todos obedezcan. Porque ya no seremos únicamente como monjes en retiro espiritual, sino soldados de justicia en misión de castigo y vigilancia.

Advirtiendo las vacilaciones de Tadeo, Gamaliel continuó:

—Podrías retirarte si tu voluntad vacila y yo designaría a otro para que te reemplace, pero no, no: tú no desertarás. Esta es la prueba suprema a la que seremos sometidos y tenemos que admitirla sin cobardía. Hoy te parece un riesgo monstruoso; mañana comprenderás que es más no bien el camino tortuoso pero verdadero para cerrar el círculo de salvación.

El Jefe de la Comunidad Blanca miró angustiado al Maestro de Justicia:

—Señor —imploró —déjame reflexionar un día con una noche. Te mandaré mi respuesta a tu residencia. Soy débil...

—¡No! —contestó imperioso Gamaliel. Decídelo ahora mismo. Te doy diez minutos de reflexión. Piensa bien.

Y otra vez sus ojos despedían sólo dulzura y paz.

Transcurrieron los diez minutos en silencio. Gamaliel mascaba una hoja de laurel. Tadeo, de tumbo en tumbo el alma, no pudo sustraerse al influjo de la Orden, de su convento, de su misión interior: se inmolaría por el ideal, por la voluntad de acción que le serían impuestos. No podía abandonar a sus gentes, ni acobardarse por la llegada de sucesos imprevistos. Fué así que con voz trémula dijo al Maestro de Justicia:

—Obedeceré.

Gamaliel le echó un brazo por el hombro:

—Nunca dudé de ti: sabía que me acampanarías. También yo he pasado por candente trance antes de aceptar la sacrificada misión que nos ha sido impuesta. No olvides: los Templarios fueron monjes-guerreros. Si después la Orden degeneró en poderío y riquezas, nosotros sabremos eludir la tentación mundana.

Se fué el Maestro de Justicia y Tadeo se llevó el pergamino a su celda para estudiarlo a la luz de una vela. Consagró un par de horas al atento estudio y meditación de cada una de sus cláusulas, quedando al fin aterrado: se trataba de transformar la Orden de Retiro y Meditación, en un cuerpo activo de gentes dispuestas a todo, según lo mandasen las superiores instrucciones. Se insistía mucho —tal vez demasiado— en el entrenamiento físico y la ciega voluntad de obediencia de los monjes-soldados. ¿Aceptarían Hermanos y Novicios el rudo cambio? Sí, lo aceptarían. Tadeo los conocía bien. Los esenios de hoy carecían de la pureza y mansedumbre de los esenios de ayer, no habían roto sus vínculos con el mundo y sus mil tentaciones. La misión de modernos templarios los seduciría, sin duda alguna, porque eran más proclives a la aventura física que a la hazaña espiritual. Si el Jefe de la Comunidad Blanca sabía presentarles el asunto en su doble apariencia de proeza material y educación subjetiva, lo aceptarían.

Tuvo Tadeo que trasladarse a la ciudad para adquirir algunos libros y útiles destinados a la nueva disciplina. Al salir de la librería tropezó con dos personas que el primer instante no reconoció. Al escuchar la voz afectuosa: "Tadeo, sois vos" —adivinó que se trataba de Norberto. A su lado Deborah, convertida en dama recatada, lucía soberbia apostura.

—Os habéis casado —exclamó Tadeo.

—Sí: ya somos marido y mujer.

Deborah bajaba los ojos, pudorosa. Norberto se veía tranquilo, acaso feliz pero Tadeo observó que se escapaban finos relámpagos de inquietud de sus ojos.

—He vuelto al mundo —añadió —pero no quisiera romper del todo mis vínculos afectivos con la Comunidad Blanca. Si algo puedo hacer por vos y los Hermanos, siempre estaré listo a servirlos.

—Hijo mío —repuso Tadeo —vive en paz. Bien sabes que nosotros no pedimos ayuda a nadie; debemos servir nos por nosotros mismos. Me basta tu sana intención.

Los vió alejarse, cogidos del brazo. Daban la impresión de una pareja en armonía. Tadeo los bendijo en silencio: que sean dichosos. ¿Pero se podía ser dichoso en este mundo cada día más alocado y angustioso? En fin, tendrían hijos y con ellos volverían la quietud, la seguridad, si es que pueden existir seguridad y quietud en el remolino contemporáneo.

El Jefe de la Comunidad Blanca preparó con cuidado la gran sesión en la cual transmitiría a Hermanos y Novicios la nueva tarea que les iba a ser asignada. Calculó reflexivamente qué palabras debería emplear, cómo ofrecerles la faz positiva de la empresa evitando sus aristas peligrosas. No que pretendiera engañarlos —jamás lo haría —pero era necesario ganarlos persuasivamente para inducirlos al nuevo camino.

Aunque en lenguaje diferente y separadamente, el Jefe de la Comunidad Blanca se dirigió en estos términos a Hermanos primero y luego a Novicios:

—Hemos sido llamados a una misión peligrosa y sacrificada. La Suprema Autoridad nos ordena abandonar el retiro voluntario y monástico para enfrentarnos a los hombres malignos que pretenden destruir la ciudad. Cada cual recibirá la instrucción respectiva sobre la tarea que le será encomendada. Tendremos un entrenamiento físico y yo les daré razón, por las noches, de los móviles espirituales que nos devolverán a la acción. A quienes no lo sepan los instruiré con el recuerdo de los Templarios, y otras órdenes de caballería de tipo religioso. Debemos seguir ese camino. Dejaremos de ser, temporalmente, varones de retiro, aspirantes a santidad, para trocarnos en Caballeros de la Fe y el Servicio Desinteresado. La acción reemplazara a la oración. La obediencia será absoluta y tendremos que realizar lo que se nos ordene, aunque tenga la apariencia de inclinarse al mal. No quiero forzar a nadie: los que no estén conformes con este salto a la ribera del mundo activísimo, quedarán libres de recuperar su libertad.

Hermanos y Novicios acogieron en profundo silencio las palabras de Mateo. Nadie puso objeción. El Jefe de la Comunidad Blanca pensó, con melancolía, que el espíritu de aventura más que la fe había despertado en los monjes. Tadeo mismo, segura dudando: tenía comprometida su ayuda pero aun era tiempo de decidirlo, podría abandonar nueva tarea y la Orden si un escrúpulo final de conciencia le mandaba no volver al mundo dinámico de la lucha en la ciudad. ¿Pero podía traicionar la confianza del Maestro de Justicia, abandonar a Hermanos y Novicios que fiaban firmemente en él, y eludir la difícil misión que se imponía a todos como prueba última de disciplina espiritual? No: sería cobarde, indigno. Tenía que aceptar lo que vendría como descendido de Arriba.

Los Hermanos, sorprendidos, en los ratos de plática se confiaban su avidez de mejor información. ¿Qué sería, por qué debían someterse a preparación física saliendo de la quietud cotidiana? La honda tristeza de las palabras de Tadeo ¿significaban que él sabía la magnitud del sacrificio y acaso el final infortunado que les aguardaba? Todo esto sonaba a milicia, a disciplina cuartelera ¿por qué debían fortalecer los cuerpos y templar las almas en la más absoluta obediencia?

Justino lo aceptó todo con sereno juicio, contra la resistencia de Simón que vacilaba entre su amor a la aventura y el temor de embarcarse en riesgos. Cordelio y Jonás se alegraron: tendrían mejores oportunidades para emplear inteligencia y voluntad. Teodoro hizo algunas conjeturas que cayeron bien, pues fueron encaminadas a esclarecer las dudas y relieves el alto sentido de perfeccionamiento espiritual de los hermanos: obediencia, férrea obediencia, ese es el secreto del éxito en todo camino humano difícil.

De pronto llegó el nuevo Hermano, el que debía completar el Septeto Escogido. Se llamaba Sinibaldo. Al principio, receloso, permanecía mudo, algo apartado; lentamente fué acercándose a los otros. Como no había mucho contacto de palabra ni de reunión con el nuevo hermano, a no ser para los himnos y ritos sagrados, los Hermanos no sabían bien si el recién llegado procedía del exterior, o era un novicio ascendido a la categoría de Hermano. Pero pronto se tuvieron recíproca confianza y aunque Sinibaldo jamás hablaba de si mismo, menos de su pasado, los Hermanos respetaron su hermetismo en lo personal, demostrándole afecto por su mansedumbre y solicitud: quería servir a todos con ejemplar dedicación.

La llegada de Sinibaldo, fuese o no fuese coincidencia, dió lugar a un renacimiento interior. La Comunidad Blanca sintió que un viento de amor y de fervor la recorría toda entera. Si los Hermanos pensaban en la nueva tarea que les aguardaba, ya no se inquietaban como al principio. Tadeo no cesó de advertirles:

—Llegue lo que llegue, seguimos siendo Hermanos en el Señor y en la devoción a nuestras reglas.

Sucedió, entonces, algo insólito. Una madrugada, mientras Hermanos y Novicios bajo la dirección de Tadeo cumplían el extraño rito del Círculo que se Fragmenta y se Reconstituye, coreado por un cántico gregoriano en voz baja, casi a modo de murmullos, el hermano Sinibaldo, que tenía la cabeza recogida sobre el pecho y las manos dentro de las amplias magas del hábito, comenzó a levitar lentamente, lentamente... Los ojos se clavaron en el que ascendía: se proyectó contra el vitral, todavía sin luz porque el sol aun no saliera y luego, ya horizontal, parecía rozar el techo de la capilla. Todos se miraron estupefactos, pero Tadeo prosiguió el rito y el canto escondiendo su emoción: nada debía turbar la majestad del acto.

Después de varios minutos, el cuerpo de Sinibaldo recuperó su verticalidad y comenzó a bajar suavemente, reposadamente, hasta ocupar su antiguo lugar en un descenso tan increíble como la anterior elevación.

Sabían, los esenios, que algunos santos levitaban, pero entre ellos no había santo sino hermanos en oración y perfeccionamiento de la vida espiritual. Cuando la ceremonia litúrgica terminó, se acercaron los seis Hermanos a Sinibaldo:

Tadeo, con voz suave y grande compostura expresó:

—Nada tenemos que decirte, hermano Sinibaldo. Son cosas que vienen de arriba. Si quieres lo dirás, si prefieres callarás. No te amamos más ni menos porque puedas romper la atracción de la tierra.

Sinibaldo, humilde y confuso, contestó:

—No sé, no sé qué será. Me sucede de vez en cuando no los perturbará con frecuencia. No puedo explicarme si son ELLOS o los OTROS quienes me conducen por el aire, y al bajar me siento exhausto como si me hubieran sacado la mitad de mi sangre...

Tadeo y los cinco hermanos se miraron compungidos: Sinibaldo no era un mago, sino una víctima de algún poder desconocido. Oraron por él y luego reanudaron sus tareas habituales.

Una tarde, a la hora del retiro individual, cuando Tadeo oraba en su celda, repentinamente se le apareció el Maestro de Justicia:

—Prepárate —dijo— ha llegado la hora de comprender.

Tadeo lo miró con respeto:

—Siempre estuve listo para cumplir con la Orden y obedecer tus instrucciones.

—Escucha, pues. Por razones que no debo explicar, siete nuevos Hermanos, incluyendo al Jefe, vendrán a reemplazaros en la Comunidad Blanca. Vosotros seis obedeceréis a Sinibaldo, quien será vuestro nuevo Jefe. No habrá derecho a preguntar ni voluntad para resistir lo que se os mande. De ahora en adelante seréis monjes-guerreros. Habéis cumplido bien la preparación física; ahora sólo falta que el espíritu no se rebele contra la carne y obedezca, siempre obedecer por extraña y dura que aparezcan las situaciones. Nos ha sido encomendada tarea de vigilancia y punición. Si fuese preciso llegar a derramar sangre, ella será derramada. Vosotros estaréis libres de culpa, porque no aniquilareis a los señalados por vuestra propia decisión, mas por mandato ajeno. No preguntar, no resistir: esa es vuestra misión. La ciega obediencia, más que en la Orden Blanca, debe cumplirse en esta trayectoria en el mundo que os es impuesta por Supremas Ordenes que no puedo revelar. Y además, no lo olvidéis, trasmitidlo a los otros Hermanos: será una suerte de guerra santa, donde cada cual debe hacer lo que se le mande, recurriendo a cualquier medio para no defraudar las consignas que contiene este documento secreto. Una vez en la ciudad —partiréis esta noche— cada cual conocerá la misión que le está asignada y deberá buscar su ejecución acudiendo a sus propios medios. Otra vez seremos, temporalmente, hijos del Mundo. También la Regla Esenia que nos manda humildad, se cumplirá en esta nueva etapa de obediencia que no la entenderéis hasta que sea finalizada. (Luego, bajando la voz y aproximando su cara a la de Tadeo, añadió) Oración y recogimiento son altas cosas, pero también es necesario luchar y acaso matar si nos es mandado por la Orden Blanca.

Tadeo vió, asustado, un fuego de soberbia y de codicia que jamás viera, antes, en los ojos del Maestro de Justicia. Su aureola de santidad se había desvanecido: parecía un cruel inquisidor implacable. La quietud, su mayor signo de pureza, había sido reemplazada por el fuego de la acción: el Maestro de Justicia exhalaba encono, poderío. Chispas iracundas cruzaban por sus ojos grises. Pero esto duró pocos instantes y Gamaliel recuperaba su aspecto manso, lleno de dignidad y sabiduría.

Tadeo se estremeció:

—Comprendo, Señor —repuso— es una prueba y la afrontaremos sin vacilar.

Quiso preguntar algo, pero recordando la consigna "no preguntar, obedecer", se calló.

Al hacer el signo ritual de despedida, nuevamente vió brillar en la mirada del Maestro de Justicia, un rayo de cólera que lo desfiguró. En un instante rapidísimo Tadeo tuvo la sensación de haber recibido dos visitas: la de Gamaliel bueno, sabio, reposado, y la de un ser desconocido atrevido, soberbio, feroz que alteraba el ambiente y la tradición de la Comunidad Blanca.

—Hijo mío —fueron sus últimas palabras —seguimos el camino que nos fué ordenado. También del bien puede surgir el mal. Y a la inversa. No intentes comprenderlo. Acéptalo.

Tadeo tuvo largo rato el documento en sus manos. No se atrevía a examinarlo. Después, su larga lectura, lo dejó temblando. Era un plan completo, severísimo, de muerte y destrucción. Los siete Hermanos debían eliminar a siete personajes.

Esa noche Tadeo no durmió, no podía concebir la enormidad de la "prueba" a la cual se los sometía. ¿Por qué, por qué...? Aun debían realizar un entrenamiento especializado de diez semanas en las técnicas de agresión silenciosa y defensa múltiple —boxeo, judo, karate— para que cuerpo y mente adquirieran la flexibilidad y la rapidez de acción. ¿Por qué, por qué...? ¿Cómo concebir que los pacíficos monjes de la Comunidad Blanca trocarían su pausado vivir en un ritmo veloz de acometividad y de muerte? ¿Cómo romperían los votos de pureza, de paz, de bondad, aunque el documento expresara que estaban liberados de antemano de toda culpa y responsabilidad, puesto que obedecían Ordenes Supremas? Tadeo sentía que le estallaban las sienes: ni su razón ni su temperamento podían admitir los sucesos. Tal vez los otros seis llegarían a cumplir su misión, pero él no mataría ¡jamás, jamás! prefería ser muerto a quitar la vida a otro ser; pero ahí estaba la consigna perentoria del documento: "No dudes, monje, no dudes. Obedecer es la más alta de las misiones. Tú ignoras qué hay detrás de estos que hoy te parecen

oscuros designios. Acaso ellos salven al país e influyan en los destinos de la humanidad. No preguntes por qué, acata la Orden que viene de lo Más Alto."

Procediendo con tacto, Tadeo fué revelando poco a poco a los seis Hermanos la tarea que les estaba encomendada. Les hizo conocer los nombres de las presuntas víctimas y todos quedaron asombrados: se trataba de personas de encumbrada posición, de fama irreprochable; ¿qué delito habían cometido y qué peligro podían constituir para las gentes? En la tercera reunión secreta Tadeo advirtió con horror que los seis Hermanos admitían la necesidad de la tarea que les fuera señalada. Hasta creyó vislumbrar en las miradas febriles ciertos rayos de ira y de poder como descubriera fugazmente en los ojos del Maestro de Justicia: habían regresado al mundo, eran nuevamente criaturas de presa y de acoso. Oró por ellas.

Hasta Justino, el más bondadoso y Sinibaldo el suave entraban a la gran acción poseídos de un espíritu aventurero mal disimulado; y en los ojos de Jonás, Cordelio, Teodoro y Simón se veía una mayor decisión. El Jefe de la Comunidad Blanca pensó con amargura: "los eduqué para monjes, para sembrar el bien y el propio sacrificio, y en pocas semanas las órdenes del Maestro de Justicia los han convertido en fieras". No podían esconder su entusiasmo. Ninguno hizo preguntas impertinentes ni demostró escrúpulos de conciencia. Cumplirían su misión.

Sólo Justino, se atrevió a interrogar:

—Señor: ¿es perentorio obedecer?

Tadeo Lo miró con tristeza:

—Sí —repuso— es perentorio.

Ultimados cuidadosamente todos los detalles —tenían hombres bien adiestrados en las servidumbres de las víctimas que les proporcionaban excelente información sobre sus vidas y sus modos de ser —llegó el instante de separarse para que cada cual realizara individualmente su cometido.

—Hermanos —les dijo Tadeo profundamente conmovido —no puedo bendecirles porque van a matar; yo mismo estoy sujeto a la tremenda experiencia. El Documento dice que estamos por cumplir una misión reservada a seres superiores, porque aboliremos nuestra personalidad, mancharemos nuestro destino, para salvar una causa incomprensible que está por encima de nosotros mismos. Que cada cual indague en su más recóndita interioridad y que proceda como le mande su conciencia. Si alguno duda o vacila, hay veinticuatro horas de tiempo para renunciar y será reemplazado en el acto. Todavía es tiempo. Pensadlo bien. "Pero en las seis caras ardían la impaciencia, la imperiosa voluntad, el ansia aventurera, el ímpetu atrevido que conduce al heroísmo de la acción. Y Tadeo se dijo que él era el único vacilante, hostigado por las dudas, el que tal vez no llegaría a seguir a los otros monjes-guerreros en la espantosa tarea que les fuera asignada.

Vencidas las veinticuatro horas, el Maestro de la Comunidad Blanca reflexionó que sería el único egoísta, pensando sólo en su propia salvación, si abandonaba a los demás en el sacrificio de sus personas. Y con el ánimo angustiado, pero firme finalmente, Tadeo y los seis Hermanos partieron, cada cual por diverso camino y hacia metas análogas.

Los siete Hermanos fueron trasladados a un lugar cercano. En una ciudad desconocida por ellos, se los separó: cada cual en un diverso local cerrado que tenía de cuartel, de escuela física o de policía secreta. En ellos recibieron una instrucción más dura, más difícil, más cruel: aprendieron las artes del disimulo, las tretas del alto espionaje, perfeccionaron en ciencias marciales como el judo, el boxeo, el karate, a manejar diestramente pistolas, puñales, lazos de estrangulamiento y trampas mecánicas. En pocas semanas fueron convertidos en hábiles terroristas. Pero ninguno supo de la suerte corrida por los "otros seis, pues cada uno actuaba dentro de un régimen severo con elementos desconocidos que apenas si cruzaban palabras de órdenes.

¿Podrían los Hermanos resistir las terribles pruebas que él, Tadeo, soportaba con indecible sufrimiento?

Cuando estuvo perfectamente habilitado para cumplir su cometido y no sin transcurrir largas noches de insomnio por los escrúpulos de conciencia, Tadeo tuvo una entrevista final con un personaje incógnito quien le enseñó una carta del Maestro de Justicia: "Obedece ciegamente lo que te ordene el portador de esta carta."

El hombre tenía ojos verde-pálido, de mirar siniestro, irradiando un efluvio magnético difícil de resistir. Tadeo bajó la vista y al punto vibró la voz imperiosa:

—¡Mire de frente!

Alzó los ojos y le pareció que se hundía, se hundía en los ojos verde-pálido. Un sudor frío le recorrió el cuerpo. Quiso sustraerse a la maligna influencia de ese mirar helado y no pudo: estaba como aprisionado en su onda visual.

Después de minutos que se le antojaron horas, el desconocido sacó el retrato de un hombre bajo, fornido, de buena fisonomía y una fotografía de una mansión señorial. Le indicó dónde encontrarlos y su voz seca, cortante, mandó:

—Es el presidente del Consorcio Bancario. Tiene usted ocho días para asesinarlo limpiamente, sin dejar rastro. Ha sido convenientemente adiestrado. No lo olvide: sin dejar huella. Una vez realizada su misión. El Maestro de Justicia lo aguardará en esa dirección (dándole un papel) y entonces conocerá usted la grandeza de la tarea que se le ha encomendado.

El Hermano Tadeo volvió a su alojamiento, no pudo almorzar. Su conciencia le mandaba rebelarse, su deber le imponía obedecer. Triunfó este último e inició el mandato de matar.

Durante seis días estudió cuidadosamente las costumbres del millonario y de su casa. Habitaba en la suntuosa mansión con una hermosa mujer, joven, que podía ser su hija o su amante, y varias personas en la servidumbre. No hacía vida nocturna y a las diez de la noche toda la casa quedaba a oscuras, menos dos habitaciones próximas: en el Estudio, amplio con cuatro ventanas, trabajaba el banquero; al lado, junto a la gran chimenea de mármol, la bella joven leía escuchando música en sordina. A las doce de la noche ambos suspendían su actividad y probablemente se dirigían a los dormitorios —¿uno, dos? — pero de afuera ya no se distinguían luces.

Tadeo estudió minuciosamente su ingreso a la casa y el crimen que debía cometer.

Después de haberse ocultado en el boscaje de la mansión, cerca de las once de la noche, trepó ágilmente al segundo piso. Era un día caluroso de verano y dos de las cuatro ventanas del Estudio estaban abiertas. Su víctima, de espaldas a las ventanas, examinaba libros y papeles. "Por suerte" —pensó el victimario— "así no veré su mirada de agonía ni me perseguirán sus ojos después del crimen."

El silencio era absoluto, a no ser el sonido finísimo, apenas audible de la música del cuarto próximo. La mullida alfombra apagaba sus pasos. Tadeo se acercó al banquero y bajando la diestra de un solo golpe formidable le partió el cuello. Murió sin proferir un grito caída la cabeza desmadejada sobre el pecho. Casi una hora más tarde, la muchacha recién descubriría su muerte.

Íntimamente afligido por su crimen, y con una ligera sensación de alivio porque su tarea estaba cumplida, Tadeo se retiró tan silenciosamente como llegara. Nadie pudo enterarse del asesinato, pues anduvo con guantes y huellas falsas en los zapatos.

El resto de la noche Tadeo lo pasó en vela. "¡He matado, matado! —se repetía. Debo expiarlo. Abandonaré la Orden Blanca" (que vera manchada de rojo, sangrante) y me refugiare en una Cartuja para no hablar mas con nadie..."

Pero al día siguiente acudió a la cita con el Maestro de Justicia. Estaban solamente Justino, Teodoro y Sinibaldo. Se miraron los cuatro entre acobardados y avergonzados. Ninguno quiso pasar del saludo, ninguno se atrevió a referirse a la tremenda experiencia. Sinibaldo se miraba las manos y todos comprendieron que las veía o creía verlas manchadas de sangre. Estaban sumidos en pesadumbre y confusión, cuando el Maestro de Justicia entró a la estancia:

—Hermanos —les dijo— debo felicitarlos porque los cuatro han cumplido su misión. Cordelio, Jonás y Simón fracasaron.

Tadeo no pudo evitar que corrieran lágrimas por sus mejillas. Su crimen le partía el alma.

No tardó Gamaliel en confortarlo.

—No llores, Tadeo —profirió— y dirigiéndose a todos añadía —no sois asesinos. Habéis sido sometidos a un estado hipnótico de alta frecuencia. Cada uno de vosotros ha cometido un crimen imaginario, sugerido por mentes poderosas, sin haberos movido de las sillas en que escuchasteis las órdenes de matar. Las presuntas víctimas viven, pero se ha logrado el objetivo buscado: habéis violentado vuestras conciencias, habéis matado sin matar, y finalmente habéis demostrado que cuatro Hermanos de la Orden Blanca están habilitados para la tarea superior que os aguarda. Dos meses en una caverna subterránea del Tibet y tres más en una "pucara" o fortaleza empinada del Ande Boliviano, y emprenderéis el viaje misterioso cuya finalidad no puedo expresar.

Tadeo veía que en los ojos del Maestro de Justicia regresaba ese fulgor amenazante que parecía negar la gran bondad de Gamaliel.

Esa noche se les permitió cenar juntos. Y comenzaron las confidencias.

—Ya puedo respirar —dijo Justino— pues me sentía como un verdadero criminal. ¿Será posible que todo haya sido un sueño hipnótico? Todavía recuerdo la fuerza salvaje con que estrangulé al hombre que me fué señalado. Mis manos aun sienten la terrible resistencia de la víctima.

Teodoro, más tranquilo, añadió:

—Yo despaché al mío de un solo tiro al corazón. En ese instante confieso no haber sentido el menor escrúpulo de conciencia. Era como si se hubiese despertado en mí una antigua fuerza ancestral, acaso como un remotísimo antepasado habituado a matar que cumpliera su vocación a través de mi cuerpo. Y, en fin... menos mal que ha sido un sueño, pero no me han acosado los remordimientos. Eliminar a un poderoso me parecía casi una necesidad vital.

Y en su mirada ardía también un miraje peligroso.

Sinibaldo se confesó el más débil:

—No sé cómo maté a mi víctima. Creo que lo apuñalé varias veces, causándome cada golpe mucho daño. Luego huí, huí desesperado. Apenas pude llegar a la cita con el Maestro de Justicia. No podía alimentarme y menos dormir. El remordimiento me ha acosado sin cesar.

Tadeo narró su experiencia y expuso con franqueza que pensaba dejar la Orden Blanca e ingresar a un convento de cartujos para no hablar jamás de lo ocurrido. Luego con un gran suspiro exclamó:

—Felizmente todo fué un proceso onírico. Obramos mandados por mente ajena. No somos culpables, pero no comprendo por qué se nos preparó física y mentalmente para tan cruel prueba, ni tampoco por qué Gamaliel nos destina a una misión superior que no puede sernos explicada.

De entonces a adelante se les permitió convivir en grupo. Tadeo advertía que en sus compañeros y en el mismo, con la zozobra del mal a que los sometieron y con el excesivo desarrollo de energías y destrezas físicas, había despertado una fuerza desconocida en ellos. ¡Qué lejanos se recordaban los tiempos plácidos de la Comunidad Blanca! Las almas sencillas, transformadas en fuertes voluntades y en espíritus desconfiados, solían pensar, sin confiarlo a las otras si habría sido verdad o sólo sueño lo acontecido; en el primer caso el calificativo de asesinos los perseguiría sin descanso... pero no, no, Gamaliel no podía mentir: fueron solamente sujetos de un gran experimento psíquico incomprendido. Nada más.

El Jefe de la Comunidad Blanca conservaba su pureza interior: estaba destinado y la obediencia ciega seguía siendo su regla mayor. Los otros tres, cambiantes en el carácter, pasaban rápidamente de la euforia al desaliento como si el retorno al mundo de lo vertiginoso y la crueldad les hubiera cambiado el carácter.

Supieron que la Comunidad Blanca seguía desenvolviéndose dentro de sus normas rígidas y herméticas con sus Novicios y sus Hermanos. En parte la añoraban, en parte sentían una extraña sensación de libertad.

Un día Sinibaldo expresó:

—Siento como si me habitaran dos hombres distintos: unas veces deseo volver a la antigua pureza, al retiro bíblico donde pasamos horas, días tan felices; otras un ser duro, enérgico, tirando a lo cruel me manda volver al torbellino del mundo, pelear en él, imponerme sobre todos los demás. ¿Es culpa nuestra, es culpa de Gamaliel o será que detrás de nuestro propósito de ser monjes recatados y sumisos, alienta una segunda naturaleza que en regresarnos al rudo acontecer de afuera?

Tadeo lo tranquilizó:

—Somos seres conscientes —repuso — y todo cuanto acaece nos hiere, deja su impronta en el espíritu. Somos buenos, pero podríamos ser malos. Las dudas son inevitables, no somos ángeles. Carne y mente están sujetas a vertiginosas variaciones. No importa el pesar que nos invade al haber trocado el suelo estable de la Orden, por el piso movedizo de la urbe. Acaso ese pesar y esas conjeturas son también precisas. Debemos sufrir: el gran sueño de la vida extática ha sido reemplazado por una energía inesperada que nos lleva al mundo de la acción. Ya nos dirá el Maestro de Justicia lo que deberemos hacer. Tenemos aun diez días de descanso.

Los diez días transcurrieron velozmente. Reunidos nuevamente con Gamaliel, sus instrucciones fueron terminantes:

—Viajareis al Tibet. He aquí vuestros pasaportes como miembros de una expedición arqueológica. Os acompañarán dos guías tibetanos que hablan nuestra lengua. Escalareis algunas cumbres, no de las más elevadas; en una de ellas, los guías fingirán que un alud os tragó a los cuatro y os harán entrar a un pasaje oculto que lleva al mundo subterráneo del Quinto Reino Escondido: allí los sacerdotes tibetanos os revelarán misterios que debéis conocer antes de ser transportados a la Gran Cordillera Andina donde se cumplirá la última etapa de vuestro viaje. No temáis a las penurias físicas ni a los desfallecimientos interiores: son necesarios. Y así, fuertes de cuerpo y alma, curtidos por las duras experiencias que pasareis, estaréis preparados para realizar la gran tarea de salvación que os está encomendada. Ya la conoceréis, a su tiempo, pero no serán los Sacerdotes del Tibet sino los Amautas del Ande los que os revelarán el enigma final.

Todo se fué desarrollando como estaba previsto. Entraron por el Nepal hasta penetrar al corazón mismo del Tibet dominado por los chinos rojos. Llevaban mapas, libros e instrumentos

científicos. Los dejaron pasar. De cuando en cuando tropezaban con patrullas del ejército rojo que advertidas por las autoridades les permitieron visitar templos, explorar antiguas excavaciones y escalar montañas.

Un día lluvioso, de fina y persistente lluvia, subieron al Asuramayanti, un monte imponente de cuya mole sólo habían trepado unos quinientos metros; luego descendieron a indicación de los guías. Uno de ellos lanzó tres gritos estentóreos y la nieve comenzó a desplomarse en arrollador talud con gran estrépito, pero los cuatro Hermanos Blancos ya estaban en la entrada de la gruta escondida que los llevaría al Quinto Reino Escondido.

¿Para qué describir la novedad y las sensaciones que produce entrar al mundo subterráneo? Han sido narradas tantas veces. Tadeo y sus compañeros fueron alojados en un templo cavado en la roca. Conocieron laberintos y puentes colgantes. Asistieron a ritos religiosos exóticos. Pero más aterrador para ellos que el mundo subterráneo y sus enigmas, fueron las conversaciones —diríamos mejor— las lecciones de iniciación que recibieron del Venerable Lama Dromo-Halari, el cual les descubrió secretos ignorados de civilizaciones desaparecidas 500.000 años atrás, revelaciones que los dejaron espantados porque jamás hubiesen imaginado el grado de imaginación perversa, de mutaciones genéticas de la raza humana, y de las transformaciones sucesivas de los imperios desvanecidos.

—Nosotros tenemos comunicación telepática con los Amautas del Ande Boliviano —dijo el Venerable Lama Dromo-Halari. Es allí donde conoceréis lo que ha de sobrevenir en un tiempo que vosotros no existiréis, pero que os será revelado por conducto iniciático.

Fué breve la estadía en el Quinto Reino Escondido. Los Hermanos-Guerreros conocieron espantables enigmas del suceder humano que los dejaron pasmados. Las fuerzas del Mal predominan en el orbe terrestre sobre las fuerzas del Bien. Existieron muchas razas, imperios y civilizaciones abolidas. Las pre-religiones o adoración de la naturaleza flagelante prevalecieron muchos milenios más que las religiones paganas y monoteístas; existieron los gigantes y los andróginos, los dragones y las máquinas voladoras; y la piel del ser humano cambió —, también muchas veces— de pigmento y de aspecto cutáneo; la energía se sobrepuso a la bondad, la astucia a la buena fe, la violencia a la paz; y el mundo fué tantas veces destruido y reconstruido que se perdió la cuenta; pocos fueron los elegidos e incontables los olvidados, y es necesario el holocausto de pocos para redimir a muchos; y nadie sabe sus caminos porque los hilos que los guían son invisibles: habitamos el Misterio.

Tadeo advirtió que después de la visita al Quinto Reino de los Lamas, los tres Hermanos adquirieron un aire de dureza y descreimiento inesperado. "Son ya, más guerreros que Hermanos —pensó el Jefe de la Comunidad Blanca. ¿A qué destino incomprensible se nos destina?"

Los otros y él mismo, debido al constante entrenamiento físico y a la vida de cambios y peligros a que estaban expuestos, se hacían cada vez más fuertes, más resistentes, cada vez menos blandos, menos espirituales. Era como si una nueva naturaleza, en parte brutal, hubiera sustituido a la primitiva naturaleza celestial del convento ya tan lejano y poco añorado.

Porque lo cierto era que los Tres Hermanos —Justino, Teodoro y Sinibaldo— a veces parecían rudos capitanes a la espera de aventuras insólitas; sólo Tadeo conservaba su equilibrio interior que le permitía aceptar los rigores de la cruel mutación sin abandonar su íntima fe y la inextinguible esperanza de que algo oscuro, todavía enigmático, se alzaba como una cortina entre sus fatigas presentes y un final desenlace que presentía justificador de la durísima misión a ellos confiada.

El Ande Boliviano fué para los Hermanos una revelación. Lejos de las ciudades habitadas, un inmenso y desolado zócalo telúrico extendiéndose al pie de la Gran Cordillera. El guía aimára los condujo, a pie, por senderos desconocidos, bordeando precipicios infranqueables. Avanzaban lentamente porque a cuatro mil metros sobre el nivel del mar y tratándose de organismos no habituados a la biología de altura, el corazón se fatiga pronto y la respiración se torna anhelosa,

duele la cabeza y el miedo se apodera del ánimo. Fenómeno pasajero, un simple proceso de adaptación, pero los viajeros lo padecieron los primeros días.

La segunda semana, ya restablecidos de la alteración física, cruzaron la falda de un soberbio ventisquero, dejaron atrás dos pequeños lagos de agua azul y cristalina y se detuvieron en el primer remonte de un majestuoso nevado cuya empinada crestería se hundía en un cielo de cobalto.

"Este es el verdadero "Nina-Kollo", el Cerro de Fuego — dijo y no el que las gentes conocen. Por aquí no hay huella de planta humana ni de pezuña de animal; las borramos inmediatamente porque el camino secreto está vedado a todo aquel que no viene, como mensajero del Tibet o como vidente andino."

A pesar de la altura no soplaban el viento, el sol invernal calentaba fuertemente. El guía les mandó despojarse las ropas de la cintura para arriba, les frotó pecho y espalda vigorosamente con la nieve, pronunció unas palabras cabalísticas, en esa lengua aimára grave y gutural que tiene resonancias marciales, y colocándolos en fila india, él a la cabeza, puso una soga en sus manos. "No se suelten de ella —advirtió— los llevará hasta el "Gran Amauta que los aguarda en el Corazón Escondido del monte, porque el otro, el Corazón Visible, puede ser visitado por cualquiera."

Los cinco hombres emprendieron el descenso al interior del "Nina-Kollo" por estrechos pasadizos abiertos en la roca, unas veces en suave pendiente, otras en largas escalinatas. Subían, bajaban, daban rodeos, cruzaban extraños recintos y plazuelas en los cuales personas vestidas con largas túnicas negras y entrecruzadas caminaban en círculo entonando cantos rituales a media voz.

Cogidos de la diestra de la soga conductora y portando en la siniestra la antorcha que les iluminaba el trayecto, los Cuatro Hermanos Blancos avanzaban cautelosamente por la ruta subterránea serpenteante.

Llegaron frente a una puerta laminada de hojas de estaño pulidas como plata deslumbrante e ingresaron a un vasto recinto circular. Al fondo, sentado en su trono pétreo, el Gran Amauta hizo una señal amistosa para que se aproximaran.

Se acercaron los fatigados peregrinos al personaje de su trono, ligeramente encumbrado, los contemplaba con cara impasible. Hízoles tomar asiento en sendos poyos de piedra colocados a cierta distancia de su propio solio. A una señal suya tembló el piso, se abrieron como inmensas hojas de loto las losas del recinto y de lo hondo surgió un ídolo de oro y de basalto. El rostro era sereno, hasta se podría decir bondadoso: atraía. Hizo otra seña el Gran Amauta, giró el ídolo y en lugar de la nuca apareció una efigie de monstruosa fealdad. Los Hermanos quedaron sobrecogidos por la repugnante visión.

El Gran Amauta, entonces, les comunicó telepáticamente:

—Lo bello es igual a lo feo. Lo atrayente a lo detestable. Persiguiendo el Bien dais con el Mal, y a la inversa. Arriba es como abajo. Todo tiene su fin y su destino. No rehusar se a nada porque aun lo aparentemente imposible es verificable. Monjes, guerreros, palabras vanas: hacer, hacerse, cumplir el Designio. Ahora seguiréis descendiendo a la Vigésima Profundidad, mas sólo volverá aquel que venciendo las Nueve Pruebas de la Fortaleza Interior, será ungido más tarde como el Nuevo Redentor de la atribulada humanidad. El "Nina Kollo" hablará otra vez con lengua de fuego y todo esto que veis, yo mismo, nos desvaneceremos para renacer en la Fuerza Aterradora que encarnará en uno de vosotros. Proseguid!

Llevados por el guía aimára los Cuatro Hermanos reanudaron el descenso. Se sentían recios, animosos, como soldados de una causa justa. Sólo Tadeo, vacilante y sufriente, oraba para sustraerse al terrible destino de la Fuerza Invencible que debería habitar a uno de ellos.

Y ninguno de ellos sabia que al convertirlos de pacíficos monjes en fieros soldados de una búsqueda impuesta por el Maestro de Justicia, el rostro detrás de la máscara era en realidad una cara adusta, pétrea, indescriptible formada por los rasgos y las voluntades convergentes de cuatro efigies que evolucionaban lentamente de la mansedumbre a la fiereza.

CORO FINAL

Todo anda tan mezclado y tan confuso que no aciertas a definir lo que sucede, menos lo que vendrá.

Los modernos esenios no pueden retroceder a la castidad de los antiguos ritos. Ni aquellos que vendrán darán pureza.

Sueltos los cabos que manejan las Potencias enredan los hilos que urden las tramas de Uriel y de Belial.

Quisieron la diafanidad, les aguardaba la angustia. Marchaban a la luz, lo oscuro les cerraba el paso.

El Evangelio y el torturado que generó los Karamazov lo estipularon: no hay fronteras entre buenas y malos, sólo nubes.

Buscando lo más intrincado, se fina en sencillez. Y el simple acaba siendo el más complicado. Duros resaltes.

Ignoras por qué contaste esta historia que nunca sucedió. O acaso el dibujo de hoy será escultura: ¿mañana, tras los evos?

Del mundo loco y la escritura desgarrada brotan efigies fantasmales, rasgos, trasgos inverosímiles. Delirio ingrato.

Dicen que el sueño enseña, la vida aturde. Los seres cuanto más empeñosos menos obtienen. El OTRO tienta, el OTRO acosa.

Pero EL está presente en toda cosa aun invisible. Y sus designios incomprensibles: prueban, queman hasta lo último.

De antiguas tempestades símbolos nuevos. Sabiduría: palabra hueca y sin embargo tormentas vivas.

Nada es inútil. Todo portento. Te habita el Universo. Despides mundos. Enmascarados pasan los seres.

Sutil misterio

La presente primera edición de "EL ROSTRO DETRAS DE LA MASCARA". Es propiedad del Editor Rolando Diez de Medina, © 2006. La Paz - Bolivia

[Inicio](#)